



LA
ILUSTRACION.

REDACTOR Y PROPIETARIO
Don Angel Fernandez de los Rios.
TOMO II.
ADORNADO CON 700 GRABADOS.

1850.

Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Setiembre,
Octubre, Noviembre y Diciembre.

MADRID.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION A CARGO
DE ALHAMBRA, JACOMETREZO 26.

M.DCCCL.





LA ILUSTRACION.

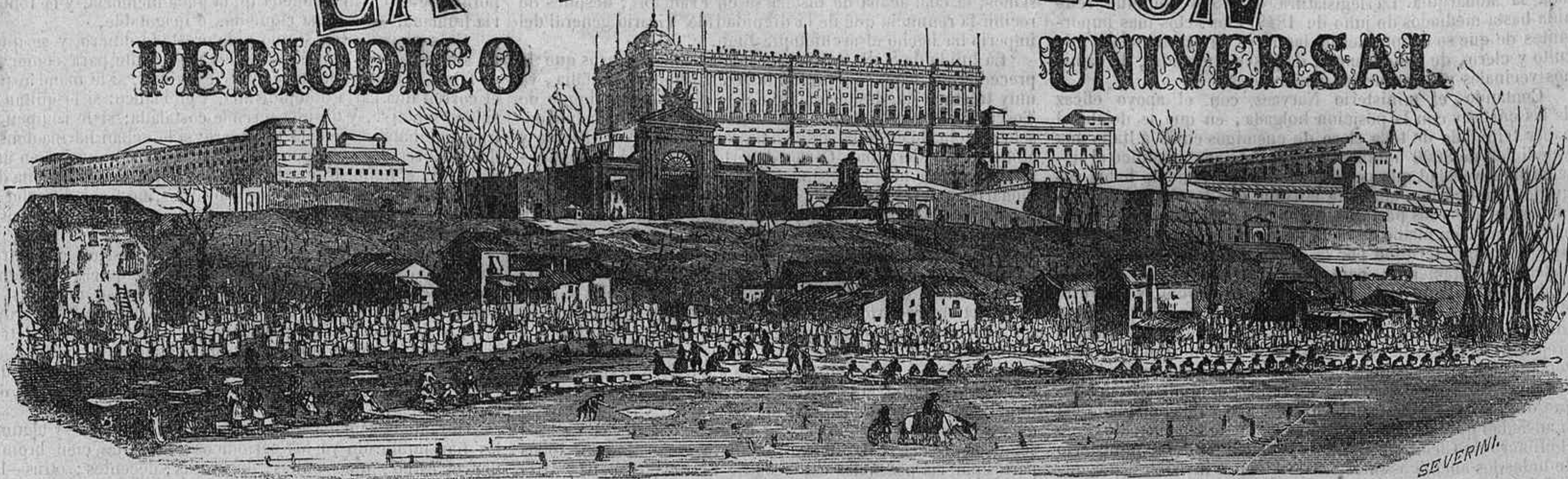
Don Angel Fernandez de los Rios
TOMO II
INDICE DE LOS NUMEROS

1850

MADRID
IMPRESION DEL SEÑALADO RECTOR Y DE LA UNIVERSIDAD
DE MADRID, EN LA OFICINA DE LA IMPRESION DE LA UNIVERSIDAD
MADRID



LA ILUSTRACION UNIVERSAL PERIODICO



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 1.º—SÁBADO 5 DE ENERO DE 1850.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y Estranjero: Año 80.



TERMINADO el primer año de LA ILUSTRACION, séanos permitido en esta ocasion, para nosotros solemne, dirigir algunas breves palabras sobre la marcha de nuestro periódico, á los que nos han tendido una mano generosa, para apoyarnos en esta empresa que muchos tenian por imposible en España, y que nosotros hemos logrado aclimatar con buena fortuna, ya que no con el acierto que quisiéramos.

La utilidad de este periódico no debe ya ponerse en duda, despues que el público la ha sancionado con una acogida de que nuestro pais ofrece pocos ejemplos, y esto cuando á pesar de todos los esfuerzos imaginables aun no hemos conseguido imprimir á LA ILUSTRACION la fisonomia conveniente.

Una reseña de las dificultades con que luchamos, es lo que de buen grado espondríamos aquí á la consideracion de nuestros lectores, para que al juzgarnos pudiera apreciarse lo que hemos hecho, justamente con los obstáculos que se han presentado para que dejáramos de hacer lo que deseabamos. Pero esto seria enojoso para el lector. Entrar en la árida relacion de los entorpecimientos en que tropieza una publicacion como la presente, en que el texto debe ser casi lo accesorio, la parte de ilustracion lo principal, en un pais en que escasean los dibujantes y apenas hay quien se comprometa á surtir de dibujos á un periódico que cuenta sus exigencias por horas; en que los grabadores no tienen costumbre de abrir láminas de actualidad, ni han adquirido por lo tanto hasta ahora ese estilo de grabado ligerísimo, pero de buen efecto, que admiramos en las Ilustraciones estrangeras; en que carecemos de todos los elementos materiales que deben contribuir á la perfeccion de una publicacion como esta, empezando por el papel, tan importante para periódicos de esta clase, y tan distante aun en nuestras fábricas, fuerza es decirlo, de la perfeccion á que ha llegado en Alemania, en Inglaterra, en Francia, donde por sí solo basta para dar belleza á una impresion; en que hemos perdido el secreto de las buenas tintas, y no puede encontrarse á ningun precio una, limpia y negra como la que usan actualmente fuera de España, y que hace aparecer el grabado con tan

admirable suavidad, con tan agradable dulzura; en que no tenemos estampadores que con las nociones convenientes de dibujo esten en situacion de dar á las láminas la entonacion que piden; engolfarnos, decimos, en la esposicion de la lucha que estamos sosteniendo con estos obstáculos, capaces de desanimar á otros menos constantes que nosotros, menos tenaces en la idea de ver hasta donde nos es dado llevar nuestro empeño de acercarnos á las Ilustraciones estrangeras, seria abusar de la paciencia del lector y robarle el espacio que reclaman otras lecturas, con detalles de ningun interés probablemente para él.

Esta consideracion es la que nos detiene en el propósito de no soltar la pluma hasta consignar minuciosamente las contrariedades materiales que encontramos á cada paso, las diligencias, las molestias, los favores, que nos cuesta la adquisicion de retratos, de vistas, de croquis, de apuntes, con que en el estranjero se ven acosados por toda clase de personas con los periódicos de la índole del nuestro.

Renunciamos, repetimos, de buen grado en obsequio á nuestros suscritores, á la enumeracion de estos inconvenientes, pero les rogamos tambien que al establecer una comparacion con publicaciones semejantes del estranjero, no olviden tener en cuenta la absoluta falta de elementos con que luchamos y los inmensos recursos de que ellos pueden disponer; que forme tambien parte de la comparacion el número 30,000 á que alcanzan los suscritores que cuenta la Ilustracion inglesa y el 20,000 que tiene la francesa con la sesta parte

respecto al primer guarismo y la cuarta relativamente al segundo que por un favor muy poco comun en España, y al que estamos sumamente reconocidos, contamos al escribir estas líneas. Las mismas personas que han logrado colocar en tan brillante lugar algunas publicaciones pintorescas del estranjero, harian muy poco mas que nosotros hacemos en nuestro pais. Cuando la aficion á este género de obras que se va desarrollado rápidamente, permita á una publicacion hacer todo género de gastos como es fácil teniendo quince ó veinte mil suscripciones, cuando los elementos materiales se perfeccionen, acaso podrá presentarse una ilustracion que sufra la comparacion con la de fuera. Pedirlo entre tanto es pedir imposibles.

Pero si la suscripcion con que contamos no dá derecho para que se nos exija la perfeccion, tampoco LA ILUSTRACION deba aparecer estacionada á los ojos de un público, que al cuarto número habia asegurado su existencia, que ha agotado por dos y hasta tres veces los números del primer semestre, y que á los diez meses, al empezar á publicar el primer número del segundo año, ve aumentada en una cuarta parte la lista de sus suscritores.

Los que han podido observar la marcha progresiva del SEMANARIO en su nueva época, apreciarán la diferencia que cada tomo ha marcado con el del anterior; no hemos de seguir esta vez distinto sistema, cuando el caso es idéntico en punto á marcar el aumento de suscripciones por el aumento de mejoras. Preferimos á anunciarlas pomposamente, rogar á

nuestros abonados que tomen acta de estas palabras, y nos pidan cuenta de ellas al presentarles el índice de 1850.

REVISTA POLITICA DE 1849.

La lima sorda del tiempo destruyó insensible y completamente la existencia del posterior año del 5.º decenio del siglo XIX, hundiéndole en el insondable abismo de lo pasado. Ya, pues, que desapareció el año de 1849, examinemos las huellas que dejó marcadas en su tránsito por el mundo, tracemos el resumen de las crónicas semanales que hemos venido presentando, y de este modo demos un cumplido adios al período anual que acaba de espirar.

No es la España el pais que peor ha librado en 1849, pues si bien en sus cuatro primeros meses continuó ardiendo la guerra civil en Cataluña, se terminó por fortuna la lucha con la captura de Marsal y la fuga de Cabrera á



El Sultan Abdul-Medjid.

Francia, y desde entonces hemos gozado de reposo en toda la Monarquía. La legislatura de 1848 continuó reunida hasta mediados de julio de 1849, y los actos más importantes de que se ocupó fueron las leyes de presupuestos, de culto y clero, de beneficencia, de pesos y medidas, de caminos vecinales y de aranceles comerciales.

Contando el ministerio Narvaez con el apoyo eficaz de las cortes y con la posición holgada, en que le dejaba el haber triunfado de toda clase de enemigos envió á Italia una expedición de 8000 hombres á favor del papa, modificó el sistema de severidad que por espacio de año y medio había seguido, publicó una amnistía latísima que le atrajo los parabienes de todos los partidos, y con ella enjugó muchas lágrimas. Empero en medio de tanta prosperidad se vió envuelto en una crisis que terminó por la salida del señor Mon del ministerio de Hacienda, para el cual fué nombrado el señor Brabo Murillo que desempeñaba el de Comercio, y para este el señor Seijas Lozano. Mas tarde fué supeditado repentinamente é impensadamente por una intriga de camarilla, la cual fué tan prepotente que consiguió derribarle con tanto asombro universal como menoscabo de la dignidad real. Esta conoció muy pronto haber sido sorprendida, y repuso el ministerio del duque de Valencia á las treinta horas de su caída, atajando así la ansiedad que había difundido un gabinete tan anómalo como el efímero de Cleonard. Desembarazado pues dicho ministerio de todos los enemigos interiores, visibles é invisibles (por decirlo así), resta que sea tan afortunado con los exteriores, como son los moros que hace tanto tiempo nos están insultando en Melilla, y los aventureros que abrigan miras de arrebatarlos las posesiones ultramarinas y en especial la isla de Cuba, si bien parece que por ahora se ha conjurado el peligro que amagaba sobre esta reina de las Antillas. En este año se ha congregado por primera vez una junta general denominada de Agricultura, la cual ha celebrado sesiones muy interesantes, dilucidándose en ellas con el mayor celo é ilustración las cuestiones agrícolas que en España se encuentran harto atrasadas. Hace ya dos meses se hallan reunidas nuevamente las cortes, cuyas deliberaciones no ofrecen por desgracia aquella templanza y cordura que sería de desear, y no parece sino que en lugar de cicatrizarse se encuentran las heridas que hace tanto tiempo mortifican á los bandos militantes. ¡Qué lauro tan inmarcesible lograría el gobierno, si le fuera dado apaciguar la discordia y animosidad con que se miran y embisten los de distintos campos!

La Francia, ese gran centro de todo lo bueno y lo malo del mundo, ha corrido azarosos trances en el año que vamos reseñando. Elevado Luis Napoleón á la presidencia de la naciente república, formó un ministerio de coalición con Odilon Barrot por jefe; pero como no reinara el mejor acuerdo entre la Asamblea Constituyente y semejante gobierno, éste valiéndose de los infinitos medios que tiene en su mano todo poder ejecutivo, fué ganando tiempo, preparó el terreno para las elecciones de los que habían de componer la Asamblea legislativa, triunfó en ellas, y los partidos se designaron claramente con los nombres de conservadores y socialistas. Al reunirse aquella llamaban vivamente la atención los sucesos de Italia, á donde habiendo mandado el gobierno una expedición, entró Oudinot su comandante en hostilidades con los romanos. Valiéndose de la efervescencia que produjo en los ánimos la conducta de este general, intentaron los de la Montaña ó socialistas apelar á las vías de hecho, pero habiendo abortado su plan, aunque no sin que corriese la sangre en Lion, emigraron los principales caudillos á Inglaterra y Suiza. Los vencedores recurrieron á los estados de sitio, prisiones, proscripción de periódicos y otras medidas violentas y extraordinarias que tanto asustaban á los puritanos de la monarquía y á su jefe Odilon Barrot, quienes hasta consienten que al gabinete presidido por este hombre de estado haya sucedido el ministerio Hautpoul que carece de representación propia y no es más que el reflejo de una política personal, semejante á la que ellos tanto anatematizaban en Luis Felipe. Actualmente continúan muy enardecidos los partidos y el socialismo parece va ganando terreno, merced á la marcha ambigua y poco tolerante del presidente de la República.

Para el emperador de Austria ha sido año próspero el de 1849, pues ya en el mes de marzo consiguió triunfar de los italianos en la terrible batalla de Novara; después se apoderó de Bolonia y Ancona á viva fuerza; mas adelante, si bien gracias á los rusos y á la defección de Georgey, venció á los valientes húngaros, y por último se enseñoreó de la famosa Venecia. La entrada en territorio turco de los emigrados húngaros dió lugar entre el Austria y Rusia por una parte, y el Gran Señor por otra, á reclamaciones de que pudo temerse saliese una guerra general. Las negociaciones han tomado últimamente un sesgo pacífico, y aunque la presencia de las escuadras inglesa y francesa, en particular la de la primera, á la entrada de los Dardanelos, ha podido inspirar recelos y agriar los ánimos, hay fundados motivos para esperar que todo concluirá de un modo satisfactorio.

Cuando mas encrespada se hallaba la guerra en Hungría, estallaron en varios puntos de Alemania y señaladamente en Baviera y en el Palatinado movimientos revolucionarios, para cuya represión fué menester que interviniesen tropas prusianas al mando del príncipe real. Todo concluyó en pocos días, emigrando los jefes principales de la insurrección á Suiza. El Parlamento alemán, reunido en Francfort, luchaba hacia 10 meses para dar una constitución al imperio y realizar la soñada unidad política. Desbaciando hoy lo que hacia ayer, asentando principios que luego barrenaba en su aplicación, pasaron días y días sin haber hecho nada útil. De semejante indecisión resultó la discordia en aquella asamblea de filósofos; la discordia degeneró en abierta pugna, y después de mil tentativas y pasos conciliatorios dados por el Vicario general y su gobierno, hubo que emplear la fuerza para disolver el congreso. Con la desaparición de tal Asamblea, arraigáronse en el ánimo del rey de Prusia los planes que abrigaba desde muy antiguo para ceñirse la corona imperial: al efecto redactó una constitución que sometió á los demás soberanos, de los cuales unos la aceptaron, otros la resistieron, y otros reservaron su parecer para mejor ocasión. El Austria que entonces se hallaba ocupada en la guerra de Hungría, no podía oponerse sino con cierta reserva á tales proyectos: toleróselo por algún tiempo; pero cuando creyó oportuno salió al encuentro al rey Federico Guillermo, y en virtud de un convenio provisional se nombró una comisión

gubernativa compuesta de representantes austriacos y prusianos, la cual acaba de instalarse en Francfort, después de recibir la renuncia que de la dignidad de Vicario general del imperio ha hecho el archiduque Juan.

La huida de S. S. á Gaeta y los terribles sucesos que la precedieron, causaron profundas convulsiones en Italia, ya muy trastornada desde marzo de 1848. El gran duque de Toscana tuvo también que abandonar sus estados, habiéndose anticipado en igual diligencia los soberanos de Parma y Módena. En Cerdeña, Carlos Alberto luchaba ó contemporalizaba, según las circunstancias, con el movimiento revolucionario, y el rey de Nápoles se esforzaba por reconquistar la Sicilia. Gobernaba en Roma el gabinete Mamiani á nombre de Pio IX; pero estrechado aquel por Mazzini y los unitarios, tuvo que abandonar el poder en manos de una comisión gubernativa, la cual convocó una Asamblea constituyente, viniendo en pos de esta la república. Al poco tiempo salió á campaña el rey Carlos Alberto contra los austriacos, pero estos fueron tan afortunados como en el año anterior, y triunfaron completamente en el desastre de Novara: campaña brevísima, pero tan fatal, que á Carlos Alberto costó el trono y mas tarde la vida. En pos de tal victoria cayeron los imperiales sobre Toscana, Parma y Módena, y restablecieron en estos estados las autoridades abolidas. Con tales sucesos se quedó aislada la República romana, y embestida por todas partes por las potencias católicas de Francia, España, Austria y Nápoles, tuvo que sucumbir después de defenderse bizarrísimamente en Roma contra los franceses, y en Bolonia y Ancona contra los austriacos. Restituyóse, pues, la soberanía temporal del Papa, pero á pesar de esto todavía no ha regresado S. S. á Roma, porque las complicaciones diplomáticas no se resuelven con la facilidad que las complicaciones militares. Por un efecto natural y constante de la reacción que sigue siempre á los grandes sacudimientos, han desaparecido al menos de hecho las constituciones políticas que los monarcas italianos habían otorgado. Únicamente queda en pie la de Cerdeña, donde se está haciendo con probabilidades de éxito un nuevo ensayo de régimen monárquico constitucional.

En los demás estados de Europa no se ha turbado su situación normal, á no ser en Dinamarca por causa de las hostilidades que trabó con los alemanes, quienes fueron derrotados por los daneses.

REVISTA DE MADRID.

Los últimos días de cada año, y los primeros del que le sucede, forman una época verdaderamente calamitosa para gran parte de esta inmensa familia llamada humanidad.—Desde el 24 de diciembre hasta el 6 de enero—¡dos mortales semanas!—no hay para ella un momento de reposo, de calma, de tranquilidad; no hay ni un minuto de tregua en la implacable guerra que se declara contra su bolsillo.—No hablemos ya de los aguinaldos, porque todo está dicho sobre el particular; pero enumeremos y describamos otras tres plagas no menos terribles, que han adquirido espantoso desarrollo: *las inocentadas*, los estrechos, y en fin, los regalos de 1.º de año, moda que no podía menos de traernos su contagio, procediendo según procede directamente de París.

Al principio,—é imitando siempre á nuestros vecinos de las orillas del Sena,—nos contentábamos con enviar un número considerable de tarjetas de felicitación á todos los amigos, y á muchos de nuestros más cordiales enemigos; después hemos adoptado íntegra la costumbre, y ahora el día de S. Manuel hay un trueque fabuloso de presentes; una especie de competencia de generosidad; un simulacro de aprecio y de cariño; aunque en el fondo no haya sino una nueva faz de la ostentación y del lujo; un nuevo tributo que rendimos á la deidad loca y ciega cuyo dominio sufren los jóvenes y los viejos.

Ninguna persona elegante puede eximirse ya de los *estrenos*, sino quiere pasar por ridícula y avara; el padre regala al hijo, el hijo al padre; la mujer al marido, y el marido á la mujer.—De aquí se inferiría quizás que estos son gastos reproductivos; mas no es así seguramente, porque los regalos no guardan proporción muchas veces, y hombre hay que dá un aderezo de brillantes, y recibe una caja de bombones; en cambio hay otros que no reciben nada.

El que hubiese llegado á Madrid el 1.º de enero de 1850, habría creído sin duda que venia al país más rico, más próspero, más floreciente de la tierra: tan prodigiosa era la cantidad de ramilletes de dulces, de estuches, de bandejas misteriosamente cubiertas con un pañuelo bordado, que se cruzaban en una y en otra calle! Sin embargo, ¡cuántas historias y cuántas miserias se ocultarían bajo aquel velo espléndido! ¡Cuántos odios se cubrirían con el manto del cariño; cuántas antipatías con el de la cordialidad! ¡cuántos intereses bastardos con el del interés verdadero!

Hay algunos seres venturosos que, en semejante día, matan de un solo golpe dos pájaros; la vispera se echan los años irremisiblemente en todas partes, lo mismo en el palacio más aristocrático que en la mansión más humilde; en el suntuoso gabinete del grande de España, como en la modesta vivienda del último escribiente de la última oficina; y feliz el que logra caer con alguna dama á quien tenga que enviar *estreno*!—Pero la suerte no es muy pródiga de tales favores, y son contados los individuos que alcanzan aquella dicha; como son muy pocos también los que no se dan á todos los diablos al recibir doce ó catorce papeletas, con sus correspondientes bárbaras coplas, notificándoles que salieron con una doncella de cuarenta para arriba; con una niña de quince *incasable*; ó con una reverenda mamá que tiene setenta abríles escondidos debajo de los rizos de su peluca.

Nada es sin embargo comparable á las *inocentadas*, que según apuntamos arriba, han llegado esta vez á su mayor auge.—Antes esas bromas no pasaban del círculo estrecho de las familias, y se limitaban á objetos de corta entidad; ahora han adquirido proporciones colosales, y al paso que vamos será menester que quien quiera evitarlas, no salga á la calle el 28 de diciembre; aun mas, que no se levante de la cama.

Porque todo el mundo, con raras excepciones, se propone engañar, mortificar, sorprender, saquear al prójimo; por-

que es lícito el robo; porque es permitida la estafa; en fin, porque se explotan la buena fé, la poca memoria, y la tontería humana,—esa mina riquísima é inagotable.

En semejante día, si uno pide prestado dinero, y se queda sin escrúpulo con él; si recibe un convite para comer, y es falso; si le dan un dulce, y es de acibar; si le mandan por el correo una carta abultadísima, y en blanco; si le quitan la silla al sentarse, y dá una terrible costalada; si le rompen el frac, que habia estrenado la vispera; si le echan harina dentro del sombrero, y se lo pone sin reparar; si le empeñan en una confitería el pañuelo que le sacan del bolsillo, ó la cadena del reloj que le piden para admirar los dijes, no tiene derecho de amostazarse ni de poner la cara fiera, porque todas esas son *inocentadas*.

Si la comida está quemada ó está sosa; si en los teatros dan funciones detestables; si sorprende cualquiera á un amigo íntimo en conferencia *intima* también con su muger; si le hacen añicos una vajilla acabada de estrenar; si le faltan á una cita; si le manchan un pantalón; si le protestan una letra; si se sientan sobre un gorro; si rompen una mantilla de encaje; si abrazan á una señora en las barbas de su marido, ¡para todo, para todo hay disculpa! ¡Qué diablo! ¡Es día de Inocentes!

Durante la semana se han referido en Madrid,—y algunas las han publicado ya los periódicos,—mas de cien bromas por el estilo, unas cultas, decorosas, decentes; otras—mas—groseras, inconvenientes y pesadas.—Dejemos que nuestros lectores determinen la clase á que pertenecen las que vamos á consignar aquí.

El viernes por la mañana los concurrentes habituales á una casa situada en la principal calle de la coronada villa, recibieron un recado verbal invitándoles á asistir á las ocho de la noche á la susodicha tertulia, donde se comerían los dulces de un ramillete.—Los convidados fueron muy puntuales á la cita; pero el criado que les abrió la puerta, les dijo que las señoras habían salido, y que ignoraba cuándo vendrían. No obstante, como todas eran personas de confianza, se decidió unánimemente aguardar á que aquellas volvieresen, lo cual verificaron una hora mas tarde, sorprendiéndose de hallar reunida allí tan numerosa concurrencia.

—No les esperaba á vds. tan temprano, dijo la señora de X... sentándose.

—Sin embargo, repuso uno de los presentes, vd. nos citó para las ocho, y son las nueve.

—¿Yo les he citado á vds. para las ocho?

—Sin duda; ó al menos tal fué el recado que recibimos de parte de vd.

La señora de X... se quedó atónita, é iba á pedir la explicación del enigma, cuando un estrepitoso campanillazo llamó la atención de todos. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta de la sala, y asomaba por ella el mas enorme, el mas colosal, el mas monstruoso monumento del arte de confitería, que ha producido el siglo actual. Cuatro forzudos mozos podían apenas con él, guiados y conducidos por el autor mismo de aquella grande obra.—Al verla, unos lanzaron gritos de asombro, otros exclamaciones de sorpresa, felicitando muchos á la dueña de la casa por su esplendidez y delicado gusto.

—Pero si yo no sé una palabra de esto! exclamó al fin aquella sin reponerse de su admiración.—Vamos, señores, añadió volviéndose hácia los asistentes, ¿á quién de vds. debotan galante obsequio?

Ninguno contestó á esta categórica interpelación, sino mirando á la cara de su vecino, y creyendo oír al punto la confesión de tamaña generosidad.

—Yo no soy; yo tampoco; murmuraron algunos.

Los restantes respondieron con la elocuencia de su silencio.

—Sin duda, repuso la señora de X..., no se hallará aquí el misterioso inventor de este agradable chasco.—Déjenlo vds. en esa mesa,—continuó dirigiéndose á los mozos y dándoles dos napoleones,—y tomen eso de aguinaldo.

Pero en aquel instante pidió la palabra el confitero, que habia permanecido mudo hasta entonces.

—¿Y á mí quién me paga, señora? dijo con voz perfectamente sonora.

—¿A vd.? pues qué ¿no está pagado?

—No por cierto; anoche fué á mi tienda un caballero con gaban blanco, y me encargó en nombre de vd. un magnífico ramillete, sin reparar en el precio, para esta noche á las nueve.—Yo puse manos á la obra, y hé ahí todo lo que puedo decir.

Siguieron á tales frases algunos momentos de confusión, y de nuevo asombro; y varios de los circunstantes declararon que ellos se entenderían con el confitero.—Pero la dueña de la casa les hizo callar, é interrogó á aquel, que comenzaba á temblar, creyéndose ya víctima de tan diabólico lance.

—Mire vd. bien á estos caballeros, exclamó la señora de X...; y dígame si entre ellos reconoce al que le dió el encargo.

Pasó revista á todos el pobre hombre, y replicó tristemente con laudable buena fé:

—¡No es ninguno!

—En ese caso, amigo mio, ni los señores ni yo tenemos la culpa de lo que sucede; y no queriendo proporcionar al gracioso incógnito el gusto de que se ria de nosotros, puede vd. llevarse otra vez su ramillete.

El confitero conoció la fuerza de este razonamiento, y un cuarto de hora mas tarde volvia su obra maestra al sitio mismo donde se habia fabricado, maldiciendo su mala suerte.

Nuestros lectores recordarán un cierto Ganguernet, personaje de *Las memorias del Diablo*, de Federico Soulié, que es causa de las mas horribles catástrofes con sus burlas y chanzonetas. En Madrid tenemos también un tipo muy parecido, ó acaso, acaso, un imitador suyo, con la diferencia de que este es joven, rico y buen mozo, y que hasta la presente sus chascos mas ó menos ligeros, mas ó menos ingeniosos, no han producido ninguna desgracia que sepamos.—El día de Sta. Bárbara manda targetas á todos sus amigos íntimos; el de S. Silvestre vá él mismo á felicitarles en persona; y cuando vé en el *Diario de Avisos* anunciada la pérdida de un burro, envía á ciertas casas á saber si ha parecido ya el amo.—En Carnaval, y el día de Inocentes está en su centro el individuo de quien hablamos; en ambas épocas multiplica sus *chistosas* ocurrencias, que él es el primero—y á veces el único—á reír y celebrar.—Este año su talento inventivo ha producido no menos de dos farsas.

Vistióse de rigurosa etiqueta; tomó una excelente carretela de alquiler, y á las tres en punto de la tarde dirigióse á casa de un humilde empleado con seis mil reales de sueldo, y casi con otros tantos hijos, el mayor de los cuales es una niña de diez y seis años, rubia, pálida, esbelta, lindísima en fin.

—¿A qué debemos el honor de esta visita? preguntó el padre de familia, que abandonó su frugal banquete para correr á la sala á recibir á nuestro héroe.

—Siento mucho haberle interrumpido á V., amigo mio, repuso aquel con extraordinario aplomo; pero vengo á hablarle de un asunto formal; vengo en una palabra á pedir á V. para mí la mano de su preciosa hija.

El pobre hombre creyó que soñaba, restregándose los ojos hasta ponérselos como la grana; luego comenzó á dar gritos, llamando á su numerosa progenie, que no tardó en aparecer en completo desorden.—Duró algunos momentos aquella ruidosa explosión de júbilo, hasta que el oficinista dijo dirigiéndose á su presunto yerno:

—¿Podré anunciar esta feliz noticia á todos nuestros parientes?

—No hay obstáculo.

—¿Y le parece á V. bien que la celebremos esta noche con un bailecito y un poco de refresco?

—Me parece perfectamente.

Despidióse entonces hasta despues el chusco, y mandó á su cochero que le condujese á la modesta habitacion de otra familia pobre, que por único porvenir tiene un tío solteron y rico en la Habana.—Al llegar allí, nuestro Ganguernet puso la cara lo mas lúgubre que le fué posible, y sacó del bolsillo una carta con sello negro.

—Prepárense Vds. á recibir una noticia terrible! exclamó con tono sepulcral.

—¡Dios mio! ¿Qué ocurre? dijo la señora de la casa llorando ya, aunque sin saber por qué.

—No me queda la menor duda; en esta carta me lo anuncia el conde de..., que es uno de los principales personajes de la isla.

—¡Cielos!... ¿habrá fallecido el tío? interrumpió la misma persona con acento de dudosa interpretacion.

—Si señora; y bien merece que Vds. le lloren, porque les deja por herederos universales.

Las lágrimas—ignoramos si de dolor ó de alegría, duraron algun tiempo; y despues de dejar á todos mas consolados, marchóse nuestro hombre, sin duda á dar otro nuevo chasco.

Inútil es decir que no faltó al baile del oficinista; inútil espresar que los afligidos herederos formaron durante algunas horas los planes mas agradables, apresurándose hasta á comprar los lutos; á la mañana siguiente desvaneciéronse aquellas risueñas esperanzas, al recibir dos cartas del mismo individuo, que solo contenian estas líneas:

«Ayer era día de inocentes, y Vds. han pagado la patente de tales.»

Los bailes grandes han escaseado mucho durante la temporada de pascuas; pero en cambio ha habido muchos pequeños bailes, banquetes infinitos, conciertos, y otras diversiones variadas; por ejemplo, algunas de las jóvenes mas lindas, mas elegantes de Madrid ejecutaron el viernes cuadros vivos, con una perfeccion tan sorprendente que habria dado celos al mismo Mr. Tournour. Semajante espectáculo, despojado de lo que tiene de indecoroso, sustituidas las ropas tálares á los toneletes transparentes, los asuntos religiosos é históricos á los asuntos profanos y mitológicos, era sumamente bonito y agradable. No poco contribuia á prestarle interés los puros rostros de las *ejecutantes*, dirigidas por su hábil y graciosa maestra la señorita de Z... Algo mas tarde aquellas bellas estatuas se desquitaban de su inmovilidad polkando y walsando ligeras como hadas.

El *rout* con que el señor marqués de Miraflores despidió el año de 1849, fué espléndido; sin embargo, las jóvenes se quejaban de dos cosas: de no bailar, y de que los Senadores, como es natural, estuviesen en mayoría; parece que para contentarlas el presidente de la alta cámara dará el 18 otra fiesta magnífica en la que sucederá todo lo contrario.—No menos concurrido y brillante estuvo el sarao de 1.º de enero en casa de la señora condesa de Velle, á pesar de que al mismo tiempo se bailaba en la de uno de nuestros mas ricos banqueros.

Así, la buena sociedad madrileña principia á animarse, y á concebir gratas esperanzas acerca del porvenir del ya cercano Carnaval, porque además de los bailes de la condesa del Montijo, de la de Casa-Bayona, de la señora de Montero, de Mr. Weisweiler, se habla de otros que aseguran dará la señora duquesa de Frias, y un elevado é ilustre personaje.—El tiempo vendrá muy pronto á destruir estas ilusiones, ó á convertirlas en dulcísimas realidades.

RAMON DE NAVARRETE.

De la Tierra.

La tierra, hemos dicho, es un vasto aparato químico. En su seno se verifican los maravillosos prodigios de transformacion de los cuerpos y combinaciones de las sustancias. Uno de los primeros cuidados del agrónomo debe ser el estudiar la tierra, el conocer su aparato, misterioso laboratorio, el ver como deberá manejarlo, poner en accion los elementos que contiene, hacer de una manera permanente en disolucion, que desaparezcan los que serian perniciosos y nocivos al resultado que trata de obtener por medio de largos y penosos esfuerzos, y al propio tiempo saber añadir aquellos otros que pudieran faltar.

Tierra de trigo, tierra de centeno, tierra de avena, suele decirse vulgarmente, para designar una tierra ordinaria; tierra de avena, para designar una tierra de la peor especie; tierra de cáñamo, para designar una tierra floja por escasez.

En este punto, nos apartamos enteramente de la opinion del vulgo. En efecto, si á primera vista, si superficialmente parece exacta esta nomenclatura, todos los hombres prácticos, despues de haber verificado algunos estudios, algunas observaciones, algunos experimentos fáciles, algunos de los cuales indicaremos le baso, reconocerán inmediatamente con no-

sotros, que es por lo menos controvertible la veracidad absoluta de las designaciones comunes; nosotros opinamos, que todas las tierras son idóneas para todos los cultivos; que el hombre auxiliado por su inteligencia, es decir, por la ciencia y los procedimientos que ella proporciona, puede á su voluntad modificar y trasformar los terrenos de tal suerte, que un resultado imposible de obtener el día antes, se torne al día siguiente en la cosa mas fácil del mundo.

Donde es sobre todo de la mayor importancia el observar esto es en el cultivo de los cereales.

En España, país admirablemente situado para toda especie de producciones vegetales, ¡vergüenza da el confesarlo! hay provincias que no producen la cantidad suficiente de trigo para el alimento de los habitantes. ¿Y esto en qué consiste? Únicamente en el mal cultivo de los terrenos, es decir, en el abandono y la ignorancia, y sobre todo en la incuria con que seguimos constantemente los procedimientos de la rutina, sin tomarnos el trabajo de descender al fondo de las cosas para hallar en él las causas primordiales.

No son precisamente, como incesantemente se está repitiendo, los instrumentos manuales los que nos faltan;—aun cuando por desgracia sea tambien cierto nuestro atraso en este punto,—otra cosa primordial es la que se ha visto sumamente descuidada hasta nuestros días.

¿Por qué, tanto el labrador pobre como el rico, por qué todo el que intenta poner á beneficio de su explotacion cuanto es capaz de hacerla fructuosa, ciencia y trabajo, no puede ó no sabe preparar el terreno de modo que le torne idóneo para la produccion de tal ó cual fruto que pueda convenirle cultivar mejor, bajo todos conceptos?

¿Por qué?—la razon es sumamente sencilla; es porque hasta el día no ha habido nadie, ó casi nadie, que se cuide de mejorar los terrenos sino con abonos animales, abonos que siempre son sumamente costosos, y que no siempre se hallan los pobres, en la escasez de sus recursos, en estado de proporcionarse.

¿Puede ser reemplazado el estiércol por sustancias menos honerosas? hé aquí en donde creemos que estribe la verdadera cuestion, y nosotros la resolvemos afirmativamente.

Partiendo de este punto, teniendo presente que las obras agrícolas no son sino los aprendices obligados, las preparaciones de una operacion química, examinemos cuáles son las condiciones necesarias para la germinacion de las simientes, y sobre todo qué es lo mas esencial para la conservacion, para la fructificacion en el suelo de las raices de este género.—En primer lugar se nos presenta la putrefaccion de ese grano pequeño á que se da el nombre de semilla, cuya putrefaccion despoja el gérmen de los cuerpos extraños que lo circundaban, lo deja libre y lo obliga ademas, so pena de muerte, á buscar un alimento en los principios de los terrenos á que se ha confiado tan precioso depósito.

Entre ellos se nos presenta en primera línea la sílice. Mientras mas sílice es un terreno, mas idóneo es para fecundizar el trigo. Por lo tanto, siempre que se pretenda sembrar trigo en una tierra endeble, ó llámese tierra de avena ó tierra de centeno, debe cuidarse ante todo de introducir sílice en su composicion, siendo muy suficiente el calor natural del suelo para ponerla en disolucion y entremezclarla.

Semajante operacion no ofrece seguramente grandes dificultades, las tierras vegetales, alcalinas, estan compuestas de sales, cuya composicion y descomposicion son cosas elementales. Así por ejemplo, cuando se encuentran tierras arcillosas, no hay nadie que haya saludado la ciencia que no sepa que la arcilla es un silicato de alúmina, es decir una combinacion de sílice y de alúmina. Para disolver esta combinacion y devolver á la sílice sus virtudes primitivas, no tendremos que hacer sino introducir en los terrenos arcillosos cuerpos que, como la piedra calcárea, la marga, la cal, sean capaces de neutralizar la fuerza de cohesion de la alúmina y de la sílice. Felizmente no son una cosa rara dichas materias en España, y se hallan ademas al alcance de todo el mundo, ya por su abundancia, ya por su baratura. Por lo tanto, siempre que le ocacione perjuicios la arcilla al cultivador, no tiene que hacer mas sino descompenarla con una tierra calcárea ó con la cal simplemente.

Hay que operar en terrenos calcáreos, es decir, en terrenos en que abunda el carbonato de cal, el procedimiento no ofrece la menor dificultad; espárzase arena de la propia suerte que si fuera un abono, es decir silicato de cal, y bien pronto se verá transformado el terreno y podrá recibir y fecundizar los granos.

Existe sobre todo una combinacion de sílice que conviene extraordinariamente al cultivo del trigo. Queremos hablar del silicato de sosa.

El silicato de sosa se compone de dos elementos escesivamente fecundantes. La sosa, de la sal empleada en nuestras cocinas, y cuya inmensa utilidad es sumamente conocida de todo el mundo, sobre todo para nuestro alimento y la sílice.—Nada es tan fácil de obtenerse como el silicato de sosa, y es sumamente sensible que no sea mas frecuente su empleo en la agricultura; tan curiosas y útiles son sus propiedades; tan fácil su empleo.

Nada tan ventajoso como su estudio para los agricultores, y sobre todo como el hallar medios económicos de procurárselo.

B. D.

Electores y elegidos.

De una publicacion que vió no ha mucho tiempo la luz pública en Francia, tomamos las siguientes líneas.

«Los diputados se van,—los últimas sesiones pasan—como todas las últimas sesiones.

Quando se pretende ser reelegido,—no retrocede el candidato ante ninguna promesa, por falsas que sean.—No hay montaña altísima que no obtenga la promesa de un puerto de mar, si se les viene en mientes á los electores.—Aun cuando les demandasen un río de café de lo mas esquisito, no titubearian en prometerlo.

Así que dividimos las candidaturas en candidaturas—á la americana,

- á los buenos días,
- al vuelo,
- al efecto,

- á la carrera,
- al blanco,
- al espejo,
- á la pipa,
- al chaleco,
- á la línea,
- al hilo,
- á la mosca artificial.

Se prometen, como si lloviesen—puentes, rios, caminos de hierro, escuelas primarias, iglesias, carreteras, caminos vecinales, pesos y medidas.

Caminos de hierro. La superficie de Francia no bastaria de hecho para construir la tercera parte de los caminos de hierro prometidos por los candidatos.

Canales. Si se ejecutasen todos cuantos canales se prometen, no quedaria seguramente lugar para las veredas á ellos laterales, y con mucha mayor razon para un solo camino de hierro;—lo propio que, si se llevan á cabo los caminos de hierro habria que renunciar á todos los canales. Los canales prometidos cubrirían no solo el espacio prometido á los caminos de hierro, si que tambien el reservado á las carreteras, á las tierras de labor, á los montes, á los prados, á las calles y á las casas.—Sería una inundacion, un diluvio.

Puentes. Si se ejecutase la mitad solo de los puentes jurados por los elegibles, seguramente que no habria de correr ni una pulgada de agua al aire libre.

Carreteras y caminos vecinales. Imposible es que se hallara piedra suficiente para el empedrado de una cuarta parte de los caminos vecinales y de las carreteras con que cuentan los diversos pueblos de Francia.

Tan grande es el horror que tienen los diputados en la Cámara á las cuestiones de interés material y de interés local, que ni prestan atencion á los largos discursos, ni á las teorías; cuán inmenso es el interés de las personas que los envian, como que no es otro el objeto que se proponen al tomarse el trabajo de elegirlos diputados y de hacerse representar por ellos.

No hay uno solo de entre los representantes que no haya ofrecido un puente ó una carretera, segun las localidades; cuando se presentan en las elecciones, prometen todo lo que se quiere: Son enviados por vosotros para cuidar de vuestros intereses, y no los olvidarán. Las mujeres y los hijos de los electores los abruman con sus encargos, ninguno de los cuales rehsan hacer; apuntan en su cartera:

- Las reparaciones de la iglesia.
- Un sombrero para la mujer de M. F.
- Un polichinela para el hijo de M. B.
- Un puente para el río...
- Almendras garapiñadas para la hermana de M. D.—Que no esten muy tostadas.
- Ser muy independiente.

Ya en París, los unos pasan el tiempo en decir: «¡Muy bien!»

Los otros en pronunciar largos discursos sobre las cuestiones mas ociosas, ó en pedir empleos para sus parientes y amigos.

Llega por último el momento de cerrarse la legislatura,—y suelen exclamar generalmente: Yo no he venido aquí para divertirme; necesito reparaciones para la iglesia, un sombrero verde, almendras garapiñadas, un puente, un polichinela y sobre todo independencia suma.

Voy á volver á presentarme ante mis comitentes, y van á pedirme cuenta acerca del modo que he tenido de cumplir con sus mandatos. ¿Me recibirán con una serenata ó con una encerrada?—¿habrá iluminacion? ¿me reelegirán? ¿he obtenido la construccion del puente?—¿he adelantado algo en lo del camino?

Entonces los diputados mas callados piden la palabra;—interrumpen las discusiones mas animadas—para subir á la tribuna y exclamar:

«Señores, me aprovecho de la atencion que ha escitado la cuestion de España para recordar á la Cámara que el pueblo de... necesita un puente.»

O bien:

«Sí, Señores, como acaba de decir el digno preopinante, la libertad camina á su ruina; pero lo que no se arruina menos es la iglesia de nuestro pueblo, cuyos cimientos se hallan en tan mal estado, que el cura se ha visto precisado á irse á habitar una casa indigna.»

Al fin de la sesion suelen perder la cabeza; confúndense en ella sus diversos encargos, y exclaman: «Diputado de Francia, seré fiel á mi mandato; he prometido un polichinela «(risas)» quiero decir una carretera al pueblo de...»

La *independencia* es lo que se muestra sobre todo á bocanadas: el diputado mas ministerial durante las sesiones quiere aparecer como partidario del jacobinismo mas desenfrenado; llama anti-nacional al ministerio; pide sin tregua la palabra *contra el proyecto presentado por el gobierno*; llega á la Cámara al fin de una discusion, de la cual no ha oido la menor palabra;—ha estado comprando el sombrero verde y las almendras garapiñadas; sube á la tribuna y prorrumpe; «No soy de la opinion del ministerio.»

Habla cinco horas para rebajar en 3 fr. los presupuestos.

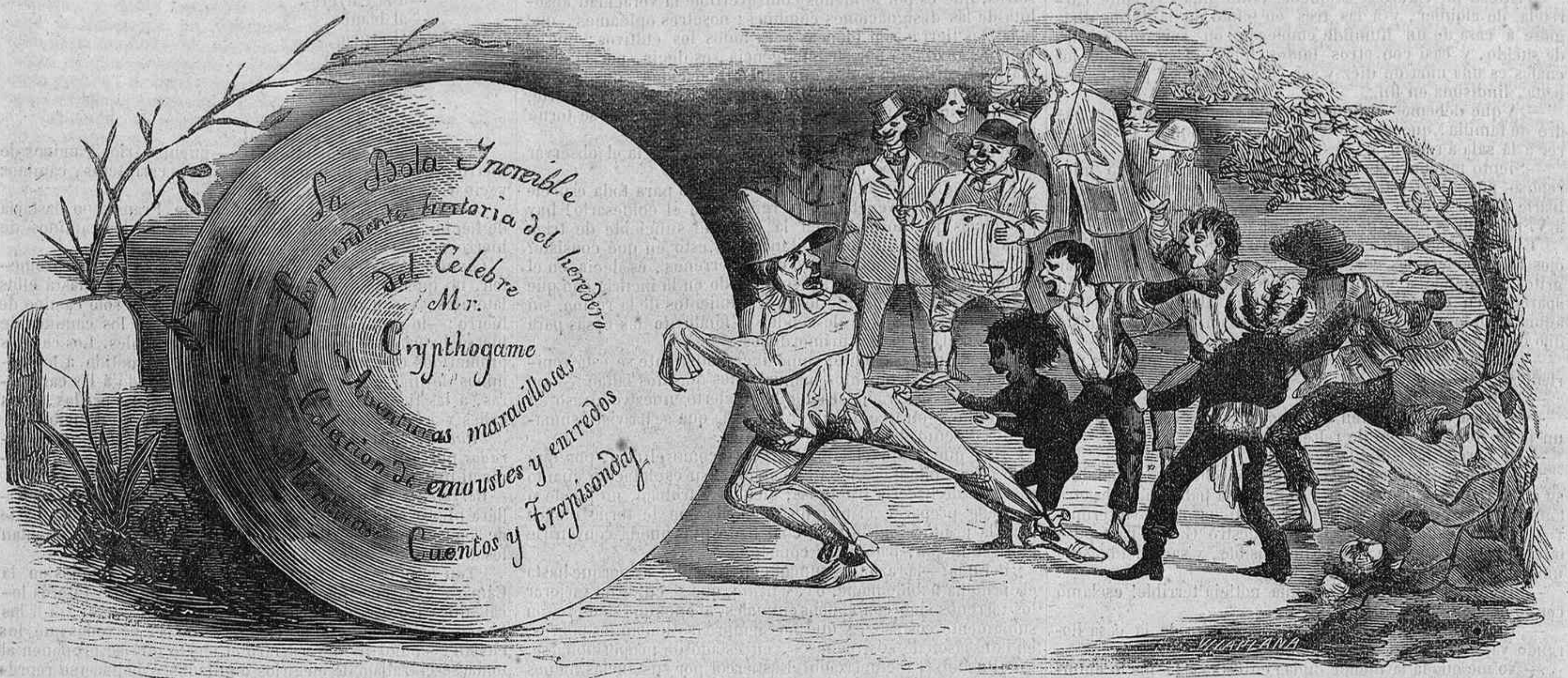
Y por último, ni aun saluda ya al ministro, cuya casa tenia antes en un continuo asedio.»

Las castañas de Indias.

Hé aquí el procedimiento por cuyo medio ha logrado el químico Flandin que forme la castaña de Indias parte de nuestro alimento: Despues de haberla quitado la corteza al fruto del castaño de Indias, se raspa su pulpa y se la espolvorea por cima con un poco de carbonato de sosa. Con uno por ciento del peso de la pulpa es suficiente. El coste del carbonato de sosa viene á ser sobre 17 ms. libra.

Despues se procede como con todas las demás féculas, es decir que se lava, se tamiza la pulpa y se concluye por obtener, sin gran trabajo, una harina blanca, alimenticia, y que, mezclada con la de trigo, se transforma en pan de azucar ó en bizcocho de la mejor clase.

Semajante procedimiento ha sido puesto ya en práctica en muchos puntos de Francia, habiendo producido los mas felices resultados.



Para conocer bien á España, aprende la leccion del Muletero de Castilla y lee con admiracion los viajes de Alejandro Dumas y de Teófilo Gauthier.



A consecuencia de lo cual sueña con brujas, dueñas, trabucos, navajas, cofias y guitarras; y al despertarse piensa seriamente en emprender su viaje.



Llega sin percance alguno á Irun: el desayuno que trae, como construccion extranjera paga derecho, y Criptogame se admira de ver á los aduaneros sin redequilla.



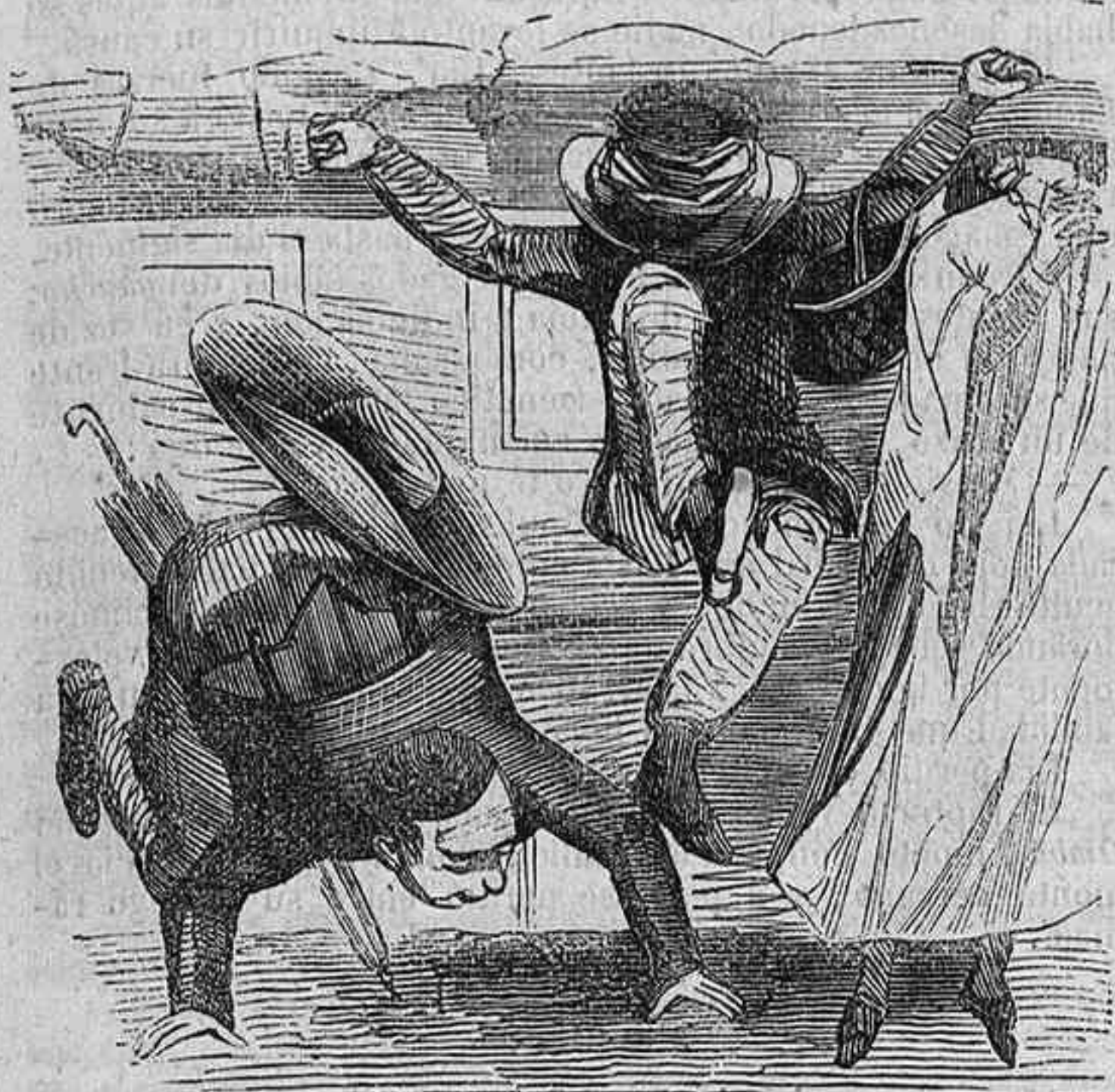
Al subir á la diligencia sigue su admiracion al ver que las Es, añolas no llevan el puñal en la liga.



Una vez dentro del coche pregunta á sus compañeros de viaje si saben bailar el fandango.



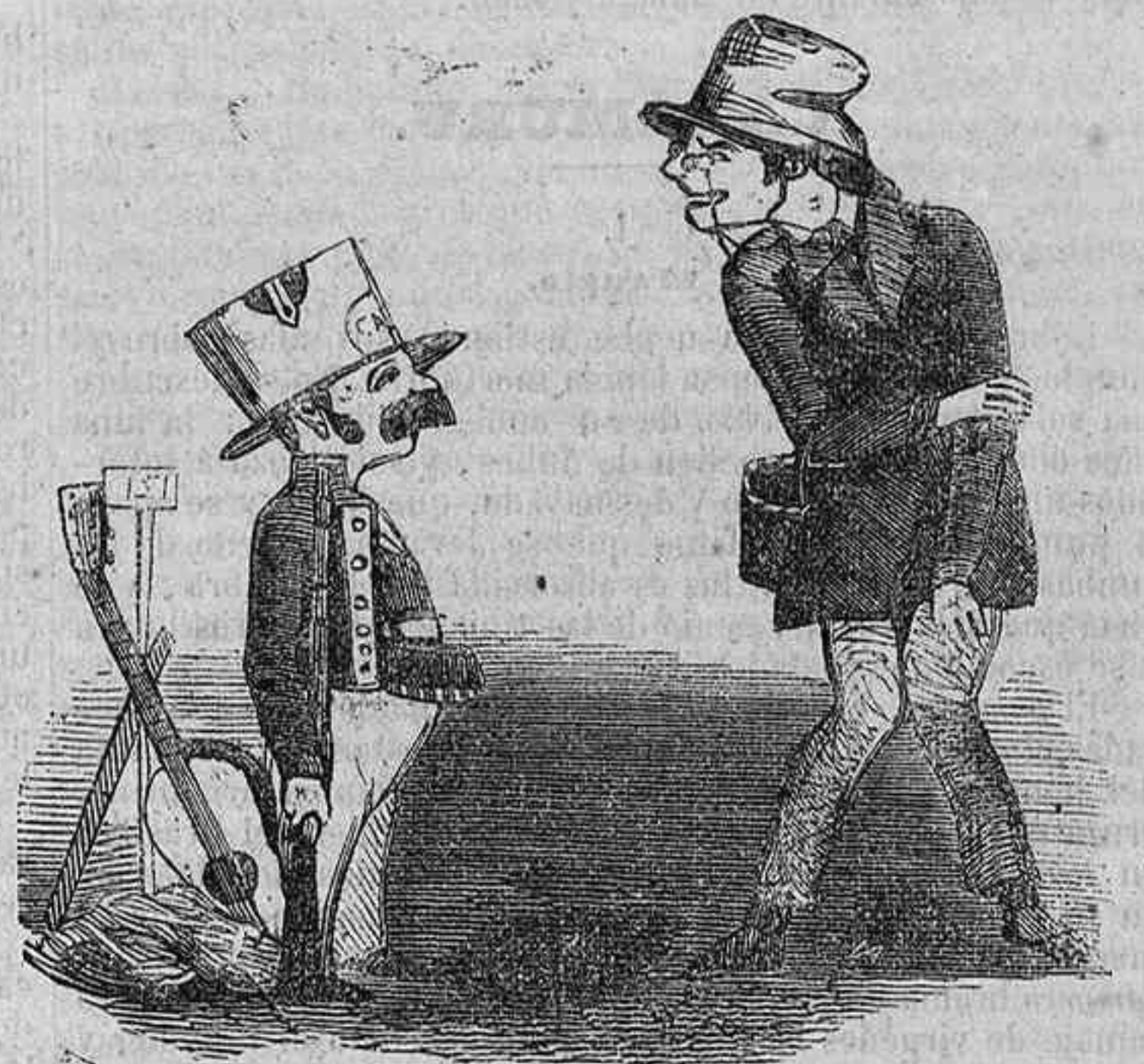
Y al hacerse de noche Criptogame empieza á recordar lo que ha leído á proposito de ladrones en despoblado.



Después de lo cual trata de reconciliar el sueño á favor del suave movimiento del coche que corre por encima de zanjas y sepulturas.



Criptogame escribe sus primeras impresiones de viaje que á fuerza de ser violentas le dan deseos de ir á pié; pero antes de decidirse á ello, vuelca la diligencia y Criptogame examina demasiado cerca el brillante estado de los caminos en España.



Criptogame á pesar de su catástrofe no duda que debe haber caminos en España puesto que hay peones camineros con sus carabinas y todo.



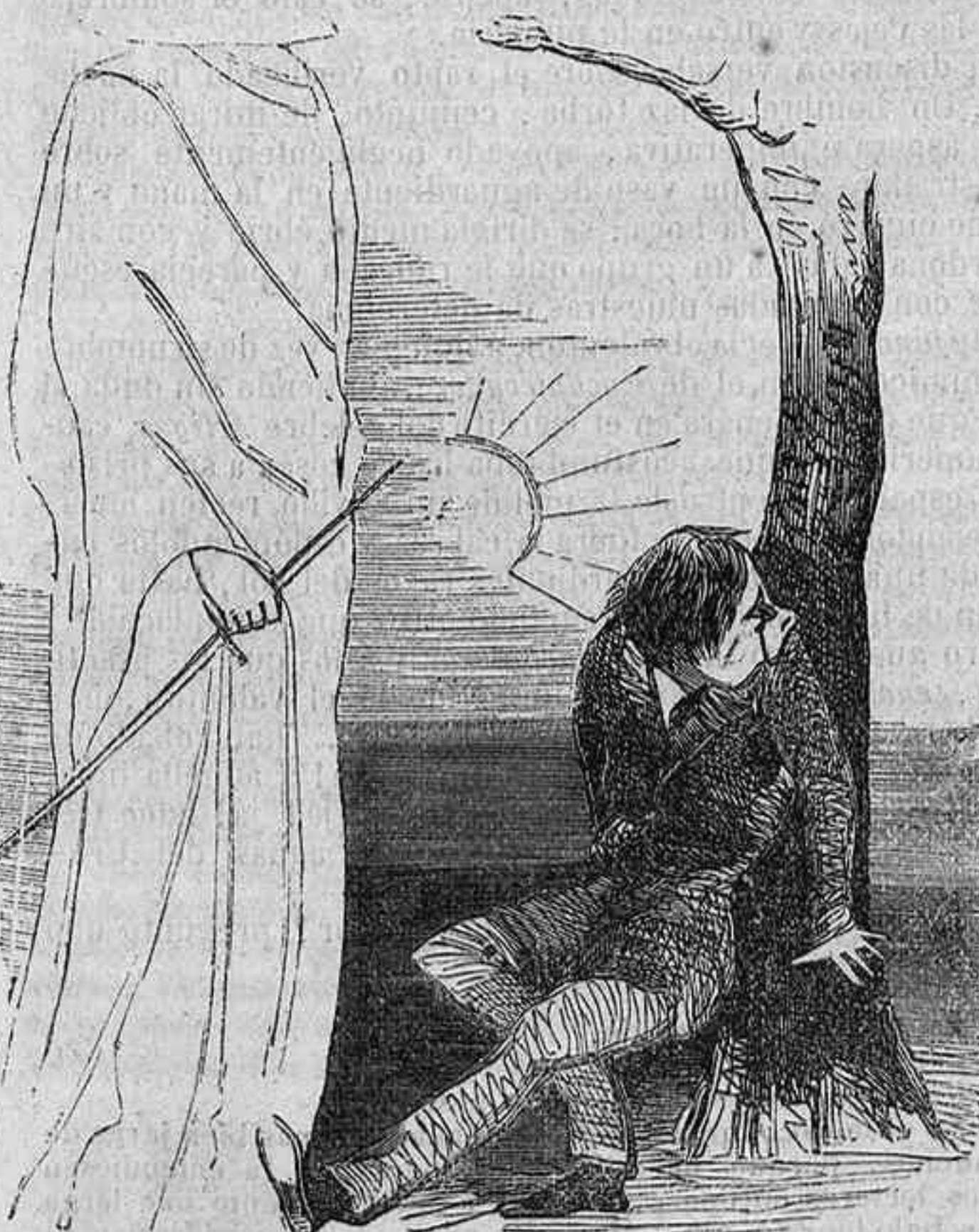
Con todo; Criptogame sigue su camino á pié. La luna próxima á ocultarse proyecta cierta sombra que recuerda á Criptogame ciento cincuenta y un mil fantasmas de los que ha leído. Visiones de Criptogame al ponerse la luna.



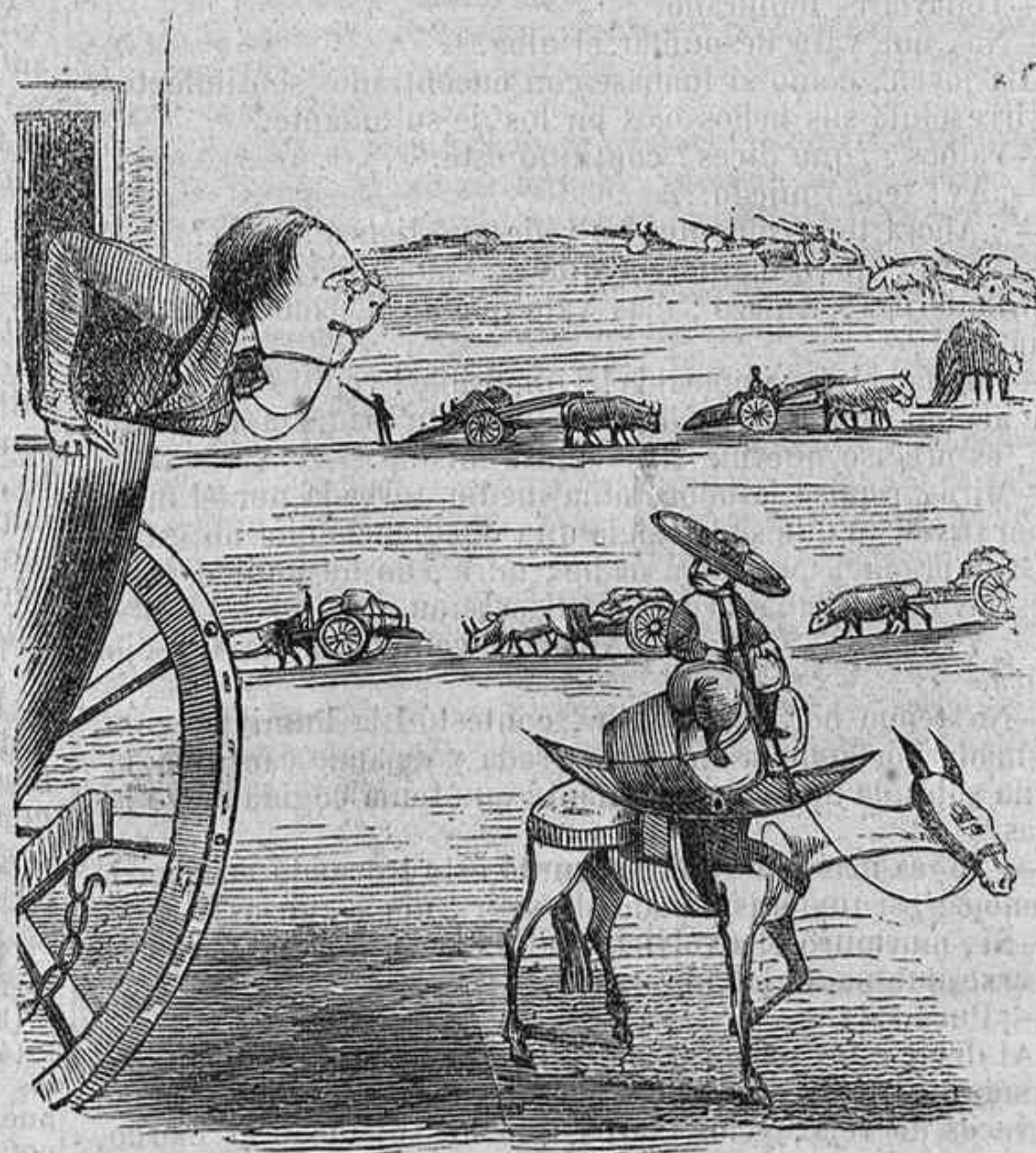
Delirio febril de Criptogame á consecuencia de lo que recuerda de sus lecturas.



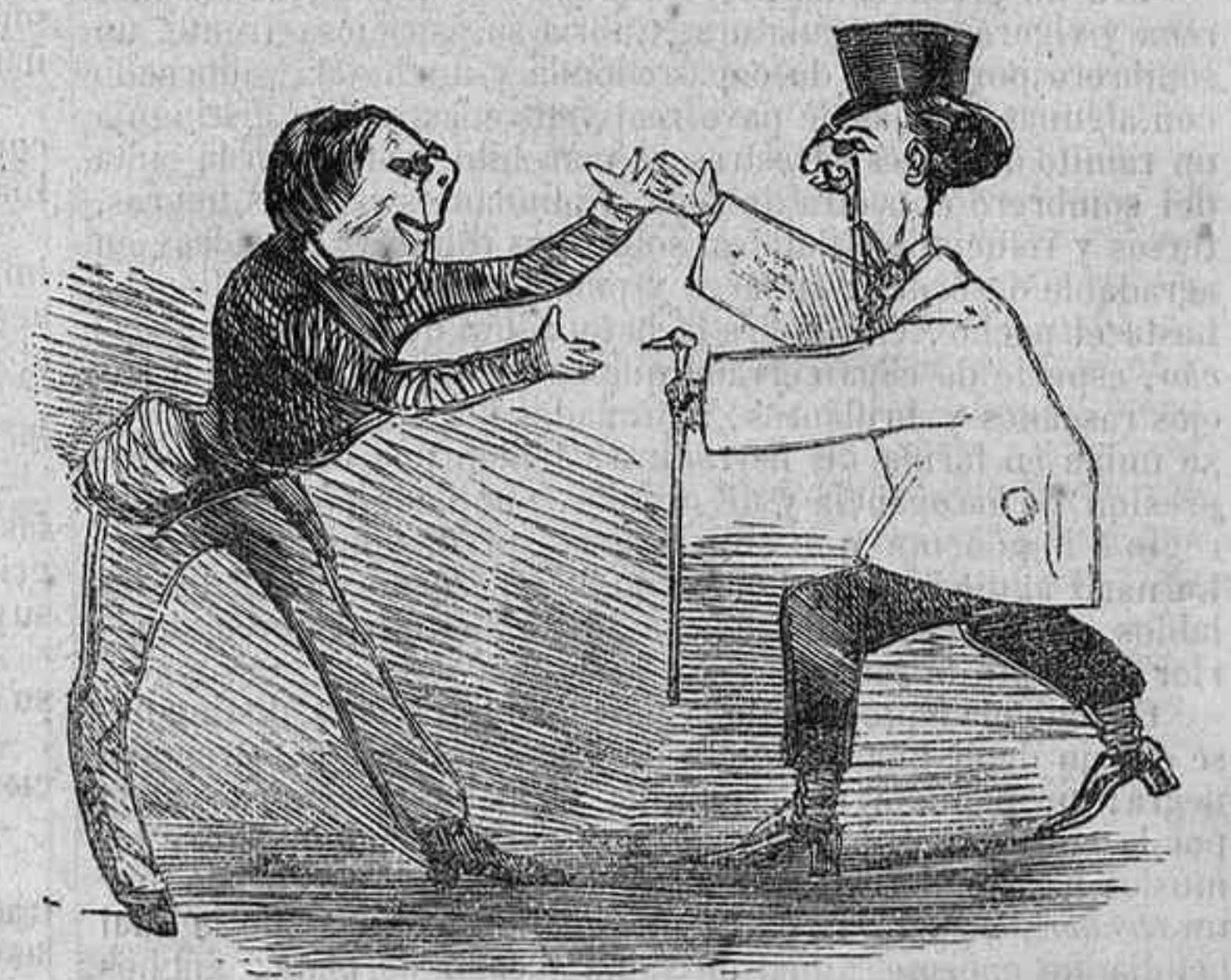
Criptogame que posee el arte maravilloso de la gimnasia, salta una tapia de cuatro mil varas de elevacion: pero el fantasma le persigue sin descanso.



La carrera de Criptogame dura tres dias y tres noches; al cabo de los que cae desfallecido y cerca de Burgos se rinde á discrecion.



Otra vez en la diligencia pasa lo restante del camino muy divertido. Sus inseparables lentes todos lo ven risueño y microscópico. A pesar de esto Castilla la vieja le parece los desiertos del Africa, los maragatos, mandarines chinos y las carretas carabanas.



Al llegar á Madrid sale á recibirle don Pipirleque, á quien Criptogame viene recomendado, y el cual le dispensa la mas cordial acogida.

(Continuará.)

Empezamos á publicar en este número la siguiente interesante novela original del joven escritor y distinguido poeta americano don Alejandro Magariños Cervantes, autor de *La Estrella del Sur*, del *Ensayo histórico político sobre las repúblicas del Rio de la Plata*, de las *Brisas*, de varios dramas y comedias, y de otras producciones notables. El señor Magariños Cervantes tiene ya conquistada una reputación literaria en una gran parte de América, y se ha dado á conocer muy ventajosamente en Málaga y Jaen.

CARAMURU.

I.

El rapto.

Lóbrega y pavorosa noche estiene sus alas sobre el mundo, como una inmensa lápida mortuoria. No se descubre una sola estrella al través de su ennegrecido velo: la luna yace oculta bajo un pabellon de nubes, y solo lanza á intervalos un rayo de luz tibio y desmayado, que brilla y se apaga al punto, cual fuego fátno que se levanta del seno de las tumbas. Dó quiera la luz es absorbida por la sombra, y se diria que á la voz del genio de las tinieblas los ástros huyen y se esconden espantados de tan densa oscuridad.

El *pampero*, ese viento terrible que naciendo en las nevadas cimas de los Andes, donde no se ha estampado la planta del hombre, recorre los desiertos de la Pampa argentina, cruza el Plata, y va á espirar en los confines del Brasil ó en las inmensidades del Atlántico, arrancando de raíz en su tránsito árboles que cuentan siglos, haciendo salir de madre los rios, y derribando cuanto intenta detenerle... el *pampero* brama ahora, abriéndose paso por entre el tupido ramaje de vírgenes bosques tan antiguos como el mundo, y se oye en lontananza, mas profundo y violento á medida que se acerca, el grito que exhalan los corpulentos *molles*, los espinosos *guavayas* y férreos *ñandubays*, al caer tronchados por su poderosa mano.

Y en verdad que no le falta espacio donde ejercer su saña; si pudieran nuestros lectores trasladarse con el pensamiento á las floridas riberas del Uruguay, sin duda les encantaria el bellissimo paisaje que presenta el lugar donde comienza nuestra historia, ora le contemplasen á la radiosa claridad del sol, ora iluminado por el rocío de plata que vierte la luna del cielo americano.

Figuraos una dilatada planicie cortada al horizonte por una cadena de montañas, é interrumpida apegas en el centro por una que otra pequeña eminencia, ó sea *cuchilla* como las llaman en el país: á la derecha un gran rio y á la izquierda una selva impenetrable. Colocad en medio de aquel desierto, solitaria y aislada, á unos quinientos pasos del rio y media legua de la selva, una gran casa de material edificada sobre una de las citadas *cuchillas*, y flanqueada por largos galpones de madera (1) y de varios *ranchos* ó sean chozas de barro y paja, parecidas á las de algunos pueblos de la Mancha y de Castilla, y acaso os formeis una idea aproximada de la localidad á donde deseáramos conducirlos; es decir, á una *Estancia*, á una posesion rural sita en la provincia de Paisandú, á seis leguas de la poblacion de su nombre, villa y cabeza de departamento.

No cumple á nuestro objeto entrar ahora en detalles sobre lo que entendemos por *Estancia*. En la série de cuadros característicos y locales que nos proponemos reseñar, nos sobrarán ocasiones de describirla con la detencion que merece. Entretanto conténtense nuestros lectores con la anterior ligera indicacion, indispensable para la perfecta inteligencia de los hechos que vamos narrando.

A poca distancia de la casa de que hablábamos no há mucho, elevase como avanzado centinela un *ombú*, árbol gigantesco, de enorme tronco y pobladas ramas, que brota espontáneamente en nuestras interminables soledades, aislado y sin compañeros, y que sirve de punto de reunion á los habitantes de la *Estancia*, á los viajeros y á los *gauchos* estantes y transeuntes de la provincia.

Ahora bien, en esta noche tan lóbrega y tempestuosa, á favor del resplandor fugitivo que de vez en cuando vertia la luna, hubiérase podido distinguir un hombre montado en un brioso corcé, que seguia á galope la estrecha senda que conducia desde el rio á la *Estancia*.

A los primeros amagos, al rumor lejano que precede á la venida del *pampero*, el desconocido trató de guarecerse bajo el *ombú*.

El viento, cada vez mayor, apenas le dió tiempo para echar pié á tierra y acostarse cuan largo era al pié del árbol, accion que instintivamente imitó su caballo.

Entonces, á merced de los fugitivos resplandores de que hemos hecho mencion, se dibujaban en la sombra los rasgos de su fisonomía y de su caprichoso traje.

Era un joven como de veintiocho años; alto, de tez morena y vigorosa musculatura. Cubria su espaciosa frente un sombrero portugués de copa redonda y ancha ala, adornado con algunas plumas de pavo real, entre las que se distinguia un ramito de flores silvestres ya marchito y atado en la cinta del sombrero con otra de seda. Abundantes cabellos negros, tersos y relucientes flotaban sobre sus robustas espaldas, en agradable desórden: su larga y poblada barba que le llegaba hasta el pecho, caia sobre la botonadura de plata de su *poncho*, especie de capa cerrada que se mete por la cabeza; sus ojos rasgados y brillantes, coronados por espesas cejas que se unian en forma de herradura, tenian una indefinible expresion de arrogancia y de orgullo, templada por cierto aire régio é imponente que subyugaba ó predisponia á su favor. La nariz aguileña, la boca grande, pero muy delgados los labios, revelando la desdeñosa altivez del que se cree superior á cuanto le rodea.

Cuando el viento levantaba el hald de su *poncho*, distinguíase debajo de él una chaqueta de grana bordada con trencilla negra: un pañuelo de espuma formaba el *chiripá*, liado por la cintura á guisa de saya, recogidas las puntas entre los muslos para poder montar á caballo, y sujeto al cuerpo por un *tirador*, especie de canana de piel de gamuza, de la cual pendia un enorme puñal de vaina y cabo de plata; anchos calzoncillos de finísimo lienzo, adornados en los extremos

(1) Almacenes de depósito para las salazones y cueros.

con un gran fleco ó *crivao*, resguardaban sus piernas, y descendiendo hasta los tobillos, ocultaban á medias unas espuelas de plata colosales, y las blanquecinas botas de potro formadas con la piel sobada de este animal. Dichas botas, partidas en la punta, dejaban al descubierto los dedos de los piés para asegurarse mejor en los estribos, de forma triangular y tan pequeños que apenas daban cabida al dedo principal...

Basta esta descripcion para conocer que es un *gaucho* el héroe de nuestra historia, porque solo ellos visten de esa manera.

—¿Y qué es un *gaucho*?... preguntarán algunos de nuestros lectores, que probablemente no habrán oido en su vida pronunciar ese nombre.

—Un *gaucho* es un hombre que se ha criado vagando de estancia en estancia, que vive y tiene todos los hábitos, inclinaciones é ideas de la vida nómada y salvaje, amalgamadas con las de la civilizacion.—Espíritu indómito, audaz, lleno de ignorancia y preocupaciones, pero valiente hasta el heroísmo; carácter escéntrico y original que no conoce mas leyes que su capricho, ni anhela mas felicidad que su independencia; que desprecia al hombre de las ciudades y cifra su ventura en los azares, en los peligros, en las violentas emociones de su existencia errante y vagabunda. Es labon que une al hombre civilizado con el salvaje sin ser una cosa ni otra, como ha dicho perfectamente el señor Aguilar en una nota que puso al pié de un fragmento de una de nuestras leyendas, titulada CELIAR.

Decíamos, pues, que el personaje, cuyo nombre ignoramos aun, se habia guarecido bajo el *Ombú*, buscando un refugio á los furiosos del *Pampero*.

Allí permaneció largo rato, mientras el viento, bramando cada vez con mas ímpetu, vino á entrellarse en las cimbradoras ramas del árbol protector, que se inclinaron hasta tocar el suelo, irguiéndose y humillándose alternativamente, no sin perder en las furiosas embestidas del huracan sus mas lozanas hojas.

El gigante de los aires y el gigante de las selvas luchaban cuerpo á cuerpo como dos vigorosos atletas, hasta que fatigado el primero escapóse de los brazos de su rival, y tendió su vuelo en otra direccion, lanzando un prolongado alarido, semejante al estruendo de las embravecidas olas cuando se azotan contra un banco de piedra en medio del Occéano.

El *gaucho* alzó tranquilamente la cabeza, y, al través del ramaje, miró al firmamento. Un escuadron de negras y apiñadas nubes volaba delante del *Pampero*, dejando despejado el espacio por donde aquel cruzaba; volvia á relucir las estrellas, y la luna asomaba su disco amarillento ceñido de una aureola encarnada. De modo que la mitad del cielo ofrecia el aspecto de una plácida noche de verano, y la otra mitad el de la mas fria y nebulosa noche de invierno.

Púsose de pié el desconocido, ató su caballo á las ramas del *Ombú*, se levantó las espuelas para que no sonasen las cadenillas y la estrella de los espigones al rodar por la yerba, doblóse el *poncho* sobre los hombros, desenvainó el puñal, y paseando la vista en torno suyo, encaminóse paso á paso á la casa, que como hemos dicho quedaba á poca distancia del *Ombú*.

Detúvose delante de una ventana baja, defendida por anchos barrotes de madera, y apoyado contra el muro, remedó por dos veces el lúgubre acento del *Aguará*, pequeño animal de nuestros bosques, que solo de noche hace oír su voz, triste y melancólica como la postrer plegaria de un moribundo.

Nadie respondió á esta señal, pero en cambio, un oido muy atento habia percibido á intervalos el casi imperceptible ruido de un pasador de hierro que alguna mano muy trémula descorria: luego la ventana se fué abriendo poco á poco, y una muger, bella como la esperanza, graciosa como la primera imagen de amor que cruza por la frente de un adolescente, asomó tímida y ruborosa su infantil cabeza, y con voz entrecortada y apenas inteligible, murmuró:

—Todavía no...

La ventana volvió á cerrarse lentamente, y transcurrieron dos horas mortales de angustia é incertidumbre para el desconocido. Por vez tercera, el doliente clamor del *Aguará* fué á resonar en los oidos de la hermosa, y á recordarla el cumplimiento de una promesa que acaso se olvidaba ó se arrepentia de haber hecho.

Esta vez se abrió del todo la ventana, y se entabló á media voz el siguiente diálogo ente la dama y el galan:

—¡Valor, alma mía!... ha llegado el momento solemne...

—Todavía es temprano.

—No, que va á despuntar el alba.

La joven, como si luchase con encontrados sentimientos, fijó irresoluta sus bellos ojos en los de su amante.

—Vamos, ¿qué dices? continuó éste.

—¡Ay! tengo miedo...

—¿Ahora te arrepientes? ¿y de qué tienes miedo?

—No sé... pero me parece que no todos duermen... van á sorprendernos, Amaro; mas vale que lo dejemos para mañana.

—¡Mañana!... ¡imposible! ¡imposible! repitió el *gaucho* con acento sombrío; mañana vendrá tu padre á luscarte. Lia, es preciso que me sigas ahora mismo.

—Mira, repuso la pobre niña medio turbada por el modo imperativo con que se le exigia una obediencia que no estaba acostumbrada á prestar á nadie; mira, no he podido ganar al esclavo que debia favorecer mi evasión, y...

—¿Y bien?... exclamó Amaro, centelleándole los ojos de ira.

—No tengo por donde salir, contestó Lia humildemente, fascinada por aquella terrible mirada y dejando caer una lágrima sobre la mano de su amante que tenia cogida entre las suyas.

—¿No es mas que eso? preguntó éste trocando en alegría su enojo; ¿si tuvieras por donde salir, me seguirias?...

—Sí, murmuró ella volviendo atrás la vista como para cerciorarse que nadie los observaba.

—¡Pues sal!

Al decir estas palabras apoyó el *gaucho* su hercúlea diestra sobre un extremo de los barrotes de madera que hacian las veces de reja, y los clavos que lo sujetaban al marco, saltaron cual menudas astillas.

Lia, mas blanca que un cadáver, retrocedió al medio del aposento y haciéndole una señal para que huyese, apagó la

luz, é inmóvil, roto el aliento y desencajada la faz, esperó que se abriese la puerta que comunicaba á la habitacion inmediata y acudiesen en tropel los que dormian en ella, despertados por aquel ruido extraño y alarmante en las altas horas de la noche.

Pero fuese efecto del letargo profundo en que yacian, ó lo que parece mas probable, que lo atribuyesen entre sueños á alguna ráfaga perdida del huracan que momentos antes se habia desencadenado, nadie se levantó á inquirir su causa.

Después de algunos instantes, Lia, sacando fuerzas de flaqueza, se acercó de nuevo á la ventana y tornó á suplicar á Amaro, que habia permanecido tranquilo en su puesto, resuelto á partirle el corazon de una puñalada al primero que se acercase, que difiriese su fuga hasta el dia siguiente.

Sardónica risa resbaló por los delgados lábios del *gaucho*; sus dientes rechinaron de rabia é indignacion, y en vez de poner un beso de despedida, como solia, en la pura frente que su amada le presentaba, frenético la cogió bruscamente de un brazo, y con resuelta y amenazadora voz le dijo:

—¡Me sigues ahora mismo ó te mato!

Lia vió resplandecer á dos pulgadas de su pecho la acerrada hoja del puñal que hasta entonces Amaro habia tenido oculto bajo el *poncho*, y acobardada y trémula, inclinóse llorando sobre el hombro de su amante, que la cogió velozmente por la cintura, y la arrancó de su lugar con la misma facilidad que el vendabal la hoja seca de una rosa.

Lia perdió el conocimiento.

El raptor llevóla en brazos desmayada hasta el pié del *Ombú*, montó con ella á caballo, partió á galope hácia el monte cercano, y á poco se perdió entre su lóbrego ramaje.

II.

Puñaladas.

Al anoecer del siguiente dia en que acacieron los sucesos narrados en el capítulo anterior, se encaminaba el personaje que por ahora conocemos con el nombre de Amaro, al vecino pueblo de Paisandú.

A una bala de cañon del pueblo, habia allá por los años de 1823, una *pulperia*, ó lo que es lo mismo un ventorrillo ó taberna *sui generis*, donde se espendia detestable vino, aguardiente, miel, tortas, flores de maiz, tasajo ahumado y otros comestibles.

A pesar de la mala calidad de sus artículos de consumo, ninguna *pulperia* en todo el departamento gozaba de una popularidad tan envidiable. Allí se reunian por la mañana y al caer la tarde, á echar un trago, todos los *gauchos* de diez leguas á la redonda. Hablaban de las próximas carreras, hacian apuestas, se concertaban para una batida de tigres ó de *Guanacos* (venados) improvisaban los *palladores* (cantores) tocando la guitarra, y si habia entre la reunion algun forastero, se le obligaba á contar sus trabajos, *fatigas* y peregrinaciones por media América enterita, errante de pago y de tapera (casa derribada en medio del campo) en galpon, *perseguido por la tierra y por el cielo, pensando solo en sus aparceros y en su china* (querida).

Con las indicaciones que hemos hecho sobre el carácter de los *gauchos*, fácil es de suponer cuán frecuentes serian las disputas, y el resultado que tendrian. A la menor palabra indiscreta, á la menor alusion que lastimaba su nimia susceptibilidad, los puñales salian á relucir y no volvia á la vaina sino teñidos en la sangre de uno de los contendientes. Los espectadores, tranquilos é impassibles, se levantaban de los cráneos de caballo que les servian de asiento, y formando un ancho círculo en torno de los dos combatientes, les dejaban acuchillarse á su sabor hasta que corria la sangre. Entonces se interponian y les obligaban á darse las manos, á menos que alguno hubiese muerto, lo que rara vez acontecia, porque existen ciertas reglas de nobleza entre aquella gente desalmada, que les veda matar á su contrario por causas triviales. Les basta únicamente, señalarlo, marcarlo en la gela, como ellos dicen, para que aprenda en adelante á qué *pingo* (1) echa el *piál* (2).

Amaro, que se dirigia al pueblo, tenia forzosamente que pasar por delante de la *pulperia*, en cuya *tranquera* (3) se veian atados mas de cuarenta caballos; tal vez estaba muy lejos de su pensamiento el detenerse, pero oyó al acercarse ciertas palabras de una conversacion muy interesante para él, contuvo el galope de su alazan, escuchó un momento, y confirmandose en sus dudas, apeóse, se caló el sombrero hasta las cejas y entró en la *pulperia*.

La discusion versaba sobre el rapto verificado la noche antes. Un hombre de faz tórba, cejijunto, de mirar oblicuo y voz áspera é imperativa, apoyado negligentemente sobre el mostrador, con un vaso de aguardiente en la mano y un enorme cigarro en la boca, se dirigia medio ébrio y con aire de perdona vidas, á un grupo que le rodeaba y parecia escucharle con marcadas muestras de deferencia.

—Ay juna! (4) decia el valenton, á quien en vez de su nombre patronímico daban el de *Enchalecador*, aludiendo sin duda al oficio que desempeñara en el ejército del célebre Artigas, caudillo americano, que acostumbraba hacer coser á sus prisioneros españoles dentro de la piel de un novillo recién muerto, dejándoles solamente fuera la cabeza y esponiéndolos encima de una *cuchilla* á los ardientes rayos del sol, hasta que morian de hambre y de sed; suplicio atroz que el implacable y bárbaro guerrillero llamaba *enchalecar* y á los que los practicaban, *enchalecadores*: —Ay juna! decia el valenton, han de saber vds. que anoche, vive el diablo!... han robado de la *Estancia* de la Cruz-alta, vaya un lance! á aquella niña, hídela p!... que vino de Montevideo... ¡já! ¡já! ¡já! hace tres meses, enferma... crach!... á tomar las aguas del Uruguay...

—¿Y no se sabe quién ha sido el robador? preguntó uno de los circunstantes.

(1) Caballo medio domado.

(2) Lazo escurridizo.

(3) Una viga atravesada entre dos postes.

(4) No usamos completamente el language, ó mas bien jerga de los *gauchos*, porque necesitaríamos, para que la entendiesen nuestros lectores europeos, escribir á cada momento una larga nota: trabajo ingrato y fastidioso que ni ellos nos agradecerian ni aun cuando quisieramos, nos lo consentirian las cortas dimensiones de esta novela. Imitaremos, no obstante, su manera de expresarse tanto como nos sea posible.

—¡Cá! respondió otro reforzando su exclamación con una doble interjección que la pluma se resistió a trazar.

—Pues sepa vd., so bruto! continuó el orador, que á mi nada se me escapa, mal rayo! y ando á la pista de ese tunante morao (1) y ruin!

—Le conocéis acaso?...
—Sí, contestó el Enchalecador, buena alhaja! Y sé.... voto vá! donde se oculta.

Al oír estas palabras, Amaro, que hacia dos minutos que habia entrado, y colocándose á su espalda en un graso banquillo con honores de mesa, se estremeció y perdió el color; no sabemos si de ira ó de temor de verse descubierta.

—Vamos; aparcero, exclamaron algunos de los interlocutores, eso le decís por alabaros; ¿cómo en tan poco tiempo habéis podido averiguarlo?

—Cómo? Bah! ó habéis olvidado *Sonsos*, (2) que yo tengo quien me lo cuente todo?

Los gauchos se miraron unos á otros con ojos espantados: el enchalecador tenia en la comarca fama de brujo, y mas de una vieja aseguraba haberle visto en las altas horas de la noche, hablando con el diablo en la puerta del cementerio.

Demás está el decir que él, como todos los embaucadores de profesion, sabia explotar hábilmente esta creencia popular, á la que prestaba todos los visos de la realidad, la manera como se manejaba para saber los sucesos antes que nadie; lo cual á fuerza de repetirse una y otra vez, habia impresionado de tal modo la imaginación crédula y supersticiosa de sus iguales, que no habia uno solo que no le tuviese por adivino y hechicero.

—Sí, debe saberlo, murmuró uno de ellos al oído de su compañero, tiene pacto con el diablo.

—Pues haríais bien en contárnoslo, dijo este último en voz alta; así nos proporcionaréis ocasión de ganar la magnífica recompensa que ha ofrecido el comandante de *Paysandú*, que según parece es pariente de la pueblera (3), al que descubra su paradero, porque en cuanto al raptor se ignora todavía quien es.

—Oigalé!
Eso es lo que tú quisieras, *Nandú* (4) para engordar á mis costillas, ay mi cielo! tienes todavía la leche sobre los labios, para engañar, *tararira rira rira!* á un reyuno (5) tan maestra como yo....

—Pero, en fin, repuso otro, decidnos al menos el nombre del robador.

—Así como así, continuó el interpelado, presentando el vaso al pulpero para que se lo llenase de aguardiente por la décima ó duodécima vez; poco importa, Satanás! que os lo diga, porque ninguno de vosotros, *quid!* es capaz de atravesar el caballo para cortarle el paso, si le encontrase en su camino.... *Paf!*

—Pues quién es? preguntaron todos llenos de admiración.

—No recordáis aquel *alarife*, buen *mándria!* que vino, *puñalá!* de.... de.... qué sé yo....? de los infiernos....! Naide sabe que burra lo ha pario, diantre! ni qué viento le trajo por acá....

—Calibar...? exclamaron todos con vivísimo interés, que al punto se trocó en manifiesta incredulidad; —eh! no puede ser, hace mas de quince dias que partió para la Rioja.

Calibar no era otro que Amaro; ya explicaremos en lugar oportuno su verdadero nombre y el origen de la creencia de que no se hallaba entonces en *Paysandú*.

—Ira de Dios! gritó el perdonavidas descargando un fiero puñetazo sobre el mostrador, echando mano al puñal y sacudiendo su cerdosa y encrespada cabellera: —repite que ha sido él, Calibar, traidorazo....! el robador de esa hembra! yo, yo lo he visto, mal rayo!... yo lo he visto con estos ojos que se han de comer la tierra.... *ach!* y quién es el *quiebra* (6) que se atreve á dudar de la veracidad de mis palabras....?

—Yo! contestó á su espalda una voz varonil y resuelta.

—Volvióse rápidamente el enchalecador, cual autómatas tocado por un invisible resorte, y se encontró solo, frente á frente con el personaje que acababa de nombrar, porque sus demás compañeros retrocedieron á una prudente distancia apenas le vieron apoyar la mano sobre el pomo de su montante.

Amaro se habia echado atrás el sombrero, y sus negras pupilas, brillantes como dos brasas encendidas, chispeaban con el resplandor rojizo y fascinante de los ojos del *Suruucú* (7); un ligero temblor nervioso hacia vacilar su mano, y entreabría sus labios como para dejar salir el aliento de fuego que se escapaba de sus pulmones abrasados, y á una palidez inerte sucedíase alternativamente el carmin de la ira, que coloreaba su tez morena y derramaba un barraz satánico sobre su imponente y avasalladora fisonomía....

Solo el enchalecador, entre todos los que allí estaban, le miró con rostro sereno, y acabando tranquilamente de apurar su vaso, le puso con mucha flemma sobre el mostrador, añadiendo en seguida con la misma calma:

—Voy á matarte.

Lo mismo iba á decirte, respondió Amaro con insultante menosprecio: veamos si eres tan valiente en obras como en palabras; defiéndete bien, porque es preciso que uno de los dos no salga de aquí sino para ir al campo-santo!

Ambos contrarios se sacaron el poncho y selo enrollaron en el brazo izquierdo: las dos puntas de sus pies se tocaron, y al mismo tiempo brillaron en el aire como dos relámpagos, describiendo círculos y espirales, dos largas hojas de acero tan afiladas como una navaja de afeitar.

Diéstros ambos y animados por el mismo ardiente deseo de exterminarse, engendrado en el maton por la envidia y mengua que empezó á sufrir su fama de valiente desde la llegada de su rival, y en este por la necesidad de enterrar en la tumba su secreto, puesto que por su desgracia, aquel hombre habia llegado á sorprenderlo, lucharon por espacio de media hora con igual maestría y fortuna. En vano era inclinarse, amagar al brazo y tirar al pecho, hacer falsos ataques á un punto reiteradas veces y caer de repente sobre otro con la velocidad del rayo; en vano clavar una rodilla en tierra

para herir al contrario por debajo, ó retroceder intencionalmente, girar como una rueda, serpear como un buscapié, cambiar á cada momento de posición como una ardilla.... en vano....! En vano dejar correr el puñal á lo largo de la hoja buscando los dedos ó la muñeca. En vano asestarse sin parar, quince ó veinte golpes seguidos para fatigar la vista del contrario y deslumbrarle en las rápidas evoluciones del acero mas veloz que el pensamiento.... todo era inútil...! Siempre el hierro rechazaba al hierro, despidiendo azuladas chispas, siempre el poncho recibía el golpe mortal, y el tajo no llegaba á la piel, gracias á la celeridad y presencia de ánimo de los combatientes. Parecía que tenían una armadura oculta, ó que una mano invisible, en el momento crítico, desviaba las certeras, y al parecer inevitables puñaladas que uno y otro se dirigían....

Una circunstancia casual vino á decidir la lucha cuando menos se esperaba, ya por el igual valor y destreza de los gauchos, ya por la llegada de varios *celadores* (1) que acudieron del pueblo, prevenidos sin duda por alguno: la hoja del puñal del *Enchalecador* saltó en el mismo instante que Amaro le asestaba un golpe al corazón; el desgraciado arrojó el mango de su arma inutilizada, y se llevó las dos manos juntas al pecho como para resguardarse, pero el hierro de su enemigo iba dirigido con tal fuerza que le atravesó ambas palmas y asomó por la espalda. *Me ha muerto! voto al...* fueron las únicas palabras que pronunció al caer sin vida, partido el corazón en dos pedazos.

Amaro, blandiendo el puñal ensangrentado, tendió la vista en torno suyo y divisó á los celadores que defendían la puerta con sus sables desenvainados.

—¡Dése preso el asesino! dijo el sargento tendiendo su espada á la altura de su pecho, y haciendo seña á los que allí se encontraban para que lo sujetasen por detrás.

Los gauchos se alzaron de hombros y ninguno se movió. Aun cuando hubiera sido su padre ó su hermano el muerto, muerto lealmente según sus reglas, no habrían prestado su apoyo á la justicia para prender al matador.

—Paso! gritó Amaro, atropellando audazmente al sargento é hiriéndole en la cara, lo mismo que á un soldado que tuvo la imprudencia ó el arrojo de cogerle por el cuello del poncho; paso, canalla imbécil!

Y mientras se relucían los agentes de protección y seguridad pública á la voz del sargento, avergonzados de retroceder ante un hombre solo, cortaba él las riendas á su caballo no teniendo tiempo para desatarlas, montaba y partía á escape con dirección al río.

A poco resonó en sus oídos el rumor de la tropa que galopaba tras él.

El fugitivo se encontraba en el declive de una cuchilla y pasaba junto á unos espesos *Sarandies* y *Guayacanes*, que se extendían á lo largo del camino.

La luna no habia asomado aun.

Picó espuelas á su cabalgadura, y al pasar junto á los árboles, sin pararse, se agarró con las manos, y encaramóse en las ramas de uno de ellos, descargando con los pies un golpe en las ancas de su potro y gritándole con voz vibrante *Jahá! Jahá!* palabra *guarani* que significa vamos! vamos! y cuya importancia en la presente ocasión comprendió el inteligente animal á las mil maravillas, porque redobló su carrera y se perdió muy pronto de vista.

Diez minutos despues vió Amaro desde las ramas del *Guayacan*, cruzar á los ocho soldados que iban en su persecución.

—Bien, se dijo, bajándose del árbol, y tomando una senda estraviada que conducía á la villa; mientras ellos persiguen á mi caballo creyendo que yo voy encima, tengo tiempo de sobra para llegar al pueblo y hablar con el señor de Abreu, ya que es indispensable que sea esta noche, porque mañana y en estos dias estarán ya en acecho los esbirros y me cogerían sin remedio. En cuanto á mi caballo nada tengo que temer, está *aqueenciado* y es *paregero*; con lo que queria significar que en cualquier parte que soltase su corcel, aunque fuese á doscientas leguas de distancia, se volveria al parage donde se habia criado ó cobrado afición con el transcurso de los años, lo que ejecutaria en menos tiempo que otro cualquiera, por ser *paregero*, es decir, adiestrado desde pequeño á la carrera y acostumbrado á salvar grandes distancias en pocos minutos.

Embebido en tales ideas llegó al pueblo á las nueve de la noche, y entró por la parte opuesta al sitio de la catástrofe. Oyó por las calles hablar del suceso, y ni siquiera se le ocurrió la idea de retroceder. Detúvose en la plaza, y llamó á una soberbia casa, cuya fachada indicaba la regia magnificencia de su dueño.

Allí residía el acaudalado propietario y comerciante brasileiro, D. Nereo Abreu de Itapeby, el cual no bien supo su venida, abandonó al punto su escogida tertulia compuesta de las primeras personas del pueblo por su posición política y fortuna, para encerrarse con él en su gabinete, con él, oscuro y humilde gaucho, cuya vida era un misterio, y que en el corto espacio de veinticuatro horas habia robado una muger contra su voluntad y muerto á un hombre.

¿Qué vínculos podían unir á estos dos seres, colocados el uno en la primera y el otro en la última grada de la escala social?... Francamente, este capítulo es ya muy extenso, y solo podremos aclarar tus dudas, lector carísimo, en el siguiente, cuyo título estamos seguros te agradaría muchísimo ver en tu poder de otro modo que en letras de molde, como por ejemplo, convertido en buenas doblas mejicanas, ó en billetes del Banco de S. Fernando, magier sufriesen estos un descuento de veinte por ciento, como sucedió en el año de gracia de 1848.

ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES.

Diario de un pobre vicario ingles del condado de Wilt.

LUNES. Acabo de recibir del doctor Snart, mi cura párroco, diez libras esterlinas por mi salario de seis meses. El señor doctor me ha hecho comprar bien cara esta reducida suma

(1) Soldados de policia.

que tan legítimamente habia yo ganado. He necesitado esperar cerca de tres horas en la antesala: por último me permitieron pasar á su gabinete. Me recibí muy mal; y, aun cuando habia andado una milla para llegar hasta allá, no me dijo sin embargo si queria sentarme ó tomar algun refrigerio. Al darme con muy malos modos, las diez libras que me debia, me dijo que el salario que me daba era muy crecido y que podia tener otro vicario por quince libras esterlinas al año. Semejantes espresiones me han herido profundamente, y me retiré de allí penetrado de dolor.

MARTES. He pagado nueve libras esterlinas á siete diversas personas que me habian adelantado esta suma, y me ha sobrado tan poco dinero que no me ha sido posible comprar unos pantalones negros que necesito de precision, y que el sastre *Cabbaye* tenia de lance. Lo he sentido bastante porque estoy desnudo, y aquel pantalon es excelente, aunque ya algo usado; pero tuve que desistir de semejante adquisición, porque mi muger necesitaba indispensablemente un vestido y *Betti* y *Polly*, mis dos hijas no tenían zapatos.

MIÉRCOLES. Mi muger ha comprado un vestido para sí y dos pares de zapatos para nuestras dos hijas: pero por un azar que nos ha puesto á ambos en la mayor consternación al volver á casa, se ha apercebido de que habia perdido media guinea que se habia echado en un bolsillo que llevaba roto. Este accidente nos ha afligido tanto mas cuanto que no nos ha quedado para vivir durante seis meses, mi muger, mis dos hijas y yo, sino media corona. Sin embargo, lo que yo he sentido únicamente ha sido lo estremada aflicción de mi muger, á quien he exhortado á que tenga mayor confianza en la bondad divina.

JUEVES. Me han traído de la taberna vecina una carta en la que un forastero, para mí completamente desconocido, me suplicaba que fuese á hablar con él de un asunto muy interesante.—He ido allá.—El que me llamaba era un cómico á quien no queria dejar irse el tabernero si no le pagaba siete sueldos que le debia.—Le digo al referido sujeto, que yo no era menos pobre que él, pero que tuviese un poco de paciencia, y que al dia siguiente volveria á sacarlo de aquel apuro. En seguida me volví á mi casa para imaginar en los medios que habia de recurrir para socorrerlo.

JUEVES POR LA NOCHE. El panadero, aun cuando no le debo nada, nos ha movido una inmotivada querrela, y nos ha hecho saber á mi muger y á mí, que de hoy en adelante no seguirá fiándonos y que vayamos á buscar pan á otra parte. El carnicero se ha portado mejor. Ha hecho que su muger nos diga que siempre seguiria dándonos de la propia suerte que hasta aqui, pero que acaba de saber que el señor doctor Snart tomaba otro vicario; que él no deseaba nada tanto como el servirnos, pero que en adelante nos aconsejaba que tomásemos nuestra corta provision de carne en casa de Pedro Paumbi, carnicero que vive en el extremo opuesto de la poblacion, y que no fia á nadie. Durante mas de un cuarto de hora me vi presa de las mas desconsoladoras reflexiones; pero pronto me avergonzé al ver que me apesadumbraba la inhumanidad de los hombres, los cuales siendo todos hermanos se tratan como si fuesen enemigos, y me acosté y me dormí con la mayor tranquilidad.

VIERNES. Fui muy temprano esta mañana á casa del tabernero, á quien le pagué siete sueldos por el cómico, y le di á este último el resto de un schellin que habia tomado para esta buena obra; y no me quedé con nada. Volvíme á casa y comí muy mal, ó mas bien no comí, fingí estar de mal humor para dejarles á mi muger y á mis dos hijas el poco pan que teníamos. Despues de comer, la he referido á mi muger el uso que habia hecho del schellin. Mi virtuosa y querida esposa, en lugar de reñirme, ha derramado lágrimas de alegría, y me ha felicitado cordialmente por semejante acción.

NOTA. No volveré á contrariar en nada á la excelente muger, su hermosa alma merece las mayores atenciones de mí y de todos los que la conocen, aun cuando muchas veces se estralimite algun tanto de las leyes de una austera prudencia; empero tales indiscreciones, que por lo demás nunca suelen ser de la mayor consideración, no deben hacerla desmerecer á mis ojos.

SÁBADO. He compuesto un sermón sobre el lujo y lo perjudicial de los gastos superfluos: estoy sumamente satisfecho de él, y mañana, iré á predicarlo en cuatro parroquias diferentes.

DOMINGO POR LA NOCHE. He vuelto á casa muerto de fatiga y de hambre; he pedido un poco de pan; mi muger me ha abrazado diciéndome, que no habia en casa, y ha derramado un torrente de lágrimas. Yo la he consolado del mejor modo que he podido, y la he dicho que no necesitaba de nada: sin embargo en mi vida creo haber tenido mayor hambre. Solo nos restan dos sueldos y medio, y la he encargado á mi muger que vaya mañana á comprar un pedazo de pan, y que lo comparta con nuestras hijas.

LUNES. Al levantarme hoy creí que iba á ser el último dia de mi vida: me engañé no obstante, porque ha sido el mas feliz de los de mi existencia. El cómico á quien le presté aquel favor era un hombre de alto nacimiento, muy rico, y á quien asuntos muy graves le habian obligado á disfrazarse, y que con el objeto de no ser conocido, se habia agregado y venia formando parte de una compañía de cómicos ambulantes. El dia mismo en que le di mi Schellin, se resolvieron favorablemente sus asuntos en Londres, y volviendo á recuperar su posición vino á visitarme á cosa de las nueve de la mañana, pero antes de venir se hubo de informar de mis costumbres y de mi situación. Le dijeron que yo era un hombre de bien, muy pobre, pero en exceso amante de los pobres, esto sin duda debió agradarle, porque me hizo el obsequio de darme cincuenta guineas. A la vista de tanto dinero me quedé petrificado, nunca habia visto reunida tan enorme suma. El generoso señor no se limitó á este único beneficio: al dia siguiente martes, hizo que obtuviera un beneficio de trescientas libras esterlinas de renta, de suerte que me contemplo, desde aquel dia, como el beneficiado mas rico de la gran Bretaña.

Hemos leído un folleto del Sr. Cuendias, sobre la influencia de la administración de correos en la riqueza pública, en el cual se combate con copia de razones la nueva tarifa de correos. Recomendamos su lectura á nuestros suscritores.

(1) Cobarde.

(2) Necios.

(3) Habitante de la capital.

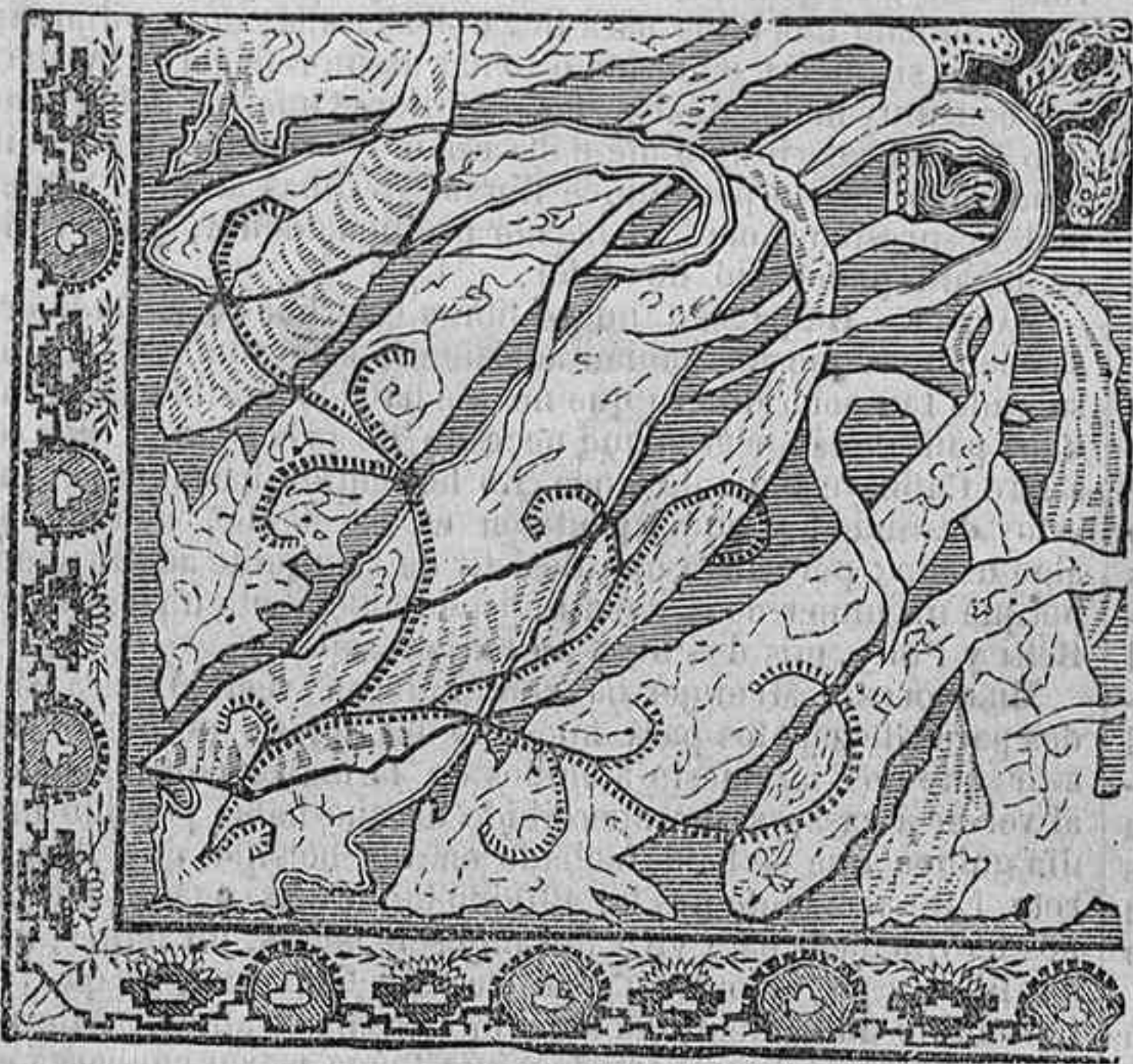
(4) Avestruz.

(5) Caballo viejo, a que han cortado una oreja por malo.

(6) Valiente.

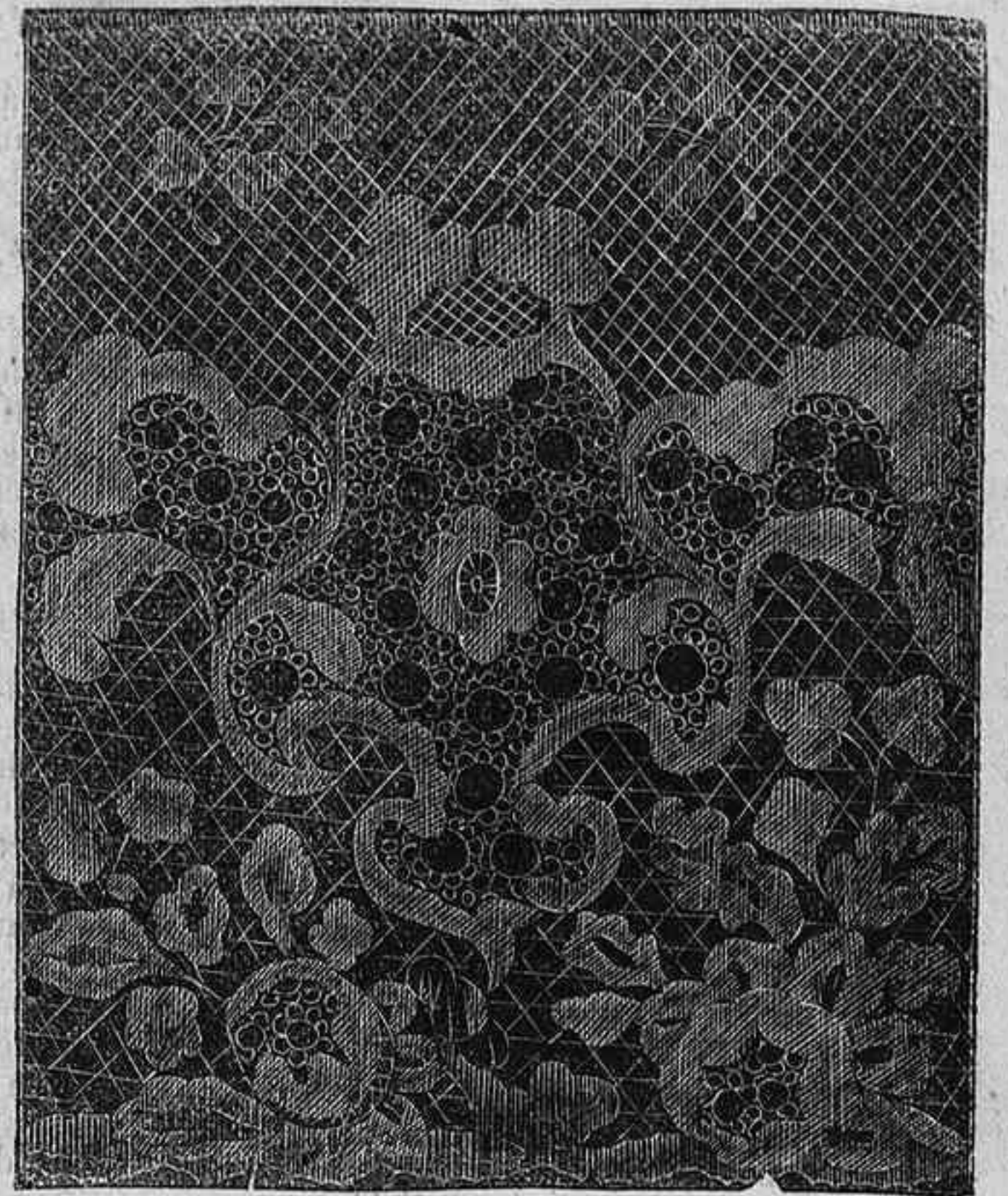
(7) Serpiente del Brasil en extremo feroz: su veneno es de los mas activos que se conocen.

MODAS.



Traje de casa. Vestido alto de gró negro, con una guarnicion compuesta de hileras de terciopelo negro angosto y botones de lo mismo. La guarnicion tiene una tira de raso que baja desde la cintura hasta el borde de la falda, puesta sobre otra tira de muselina que ha de estar muy engomada. En los bordes de la tira de raso está colocado el terciopelo á cada lado en tres tiras, y en el medio una carrera de botones de terciopelo tambien. El cuerpo que ha de ser ceñido y alto hasta la garganta, lleva una guarnicion igual á la de la falda, con la diferencia de tener dos filas de terciopelo á cada lado en lugar de tres. Las mangas son ajustadas, y llevan en el hombro unos adornos que figuran tener sobremangas cortas, un poco abiertas hácia el costado. Estas aberturas estan cerradas por una fila de botones de terciopelo negro mas pequeños que los del cuerpo y falda, y las sobremangas estan guarnecidas en la parte inferior con seis filas de terciopelo negro angosto. Con este vestido se puede llevar, segun lo permita la ocasion, un delantalito de seda adornado con tres guarniciones de encaje formando festones, un cuellecito pequeño de blonda blanca y puños del mismo género vueltos encima de las mangas, en la cabeza caidas de terciopelo negro á cada lado, y colocadas de manera que se inclinen un poco hácia atrás.

Sombreros. Los que mas se usan son de raso claro labrado. Los adornos de cinta no estan juntos como en la generalidad de los sombreros, pero son tan anchos que con solo dos se llena la mayor parte de ella. En los costados lleva dos *rouleaux* de



raso y en uno de ellos una pluma. Por dentro tul blanco y rosa. Colgantes y ataderos de cinta de raso del color de la gorra. El abrigo que se lleva con estas gorras (véase el figurin) es de lana clara, guarnecido con trencilla ó terciopelo negro, y adornado con borlas ó bellotas del mismo color. La hechura es enteramente distinta de lo que se ha usado hasta ahora, y se le ha puesto el nombre adecuado de *abrigo de las tres estaciones*, por la razon de que con ligeras modificaciones puede adaptarse al Otoño, al Invierno ó la Primavera. No tiene semejanza con ningun otro de su clase, y como se hace de una tela nueva llamada *Camaleon*, ambos lados tienen un dibujo perfecto, pero de distinto color cada uno. Por este medio el abrigo se puede arreglar de manera que se use alternativamente de cuatro colores distintos, y asi se acomoda al vestido ó gorra que se quiera llevar con él. Asimismo puede hacerse que abrigue mas ó menos segun convenga.

OBSERVACIONES GENERALES SOBRE LAS MODAS.

Poco es lo que hoy podemos añadir á lo que dijimos en nuestro último artículo sobre esta materia. Nuestras observaciones precedidas siempre de algunas descripciones facilitarán á nuestras amables lectoras los medios de arreglar trajes elegantes y de buen gusto, propios de la estacion presente.

Los trajes son generalmente negros ó de colores oscuros, sombreados ó mezclados á veces con colores claros. Aunque la eleccion, en este particular, debe ser libre y arreglada al gusto de la persona que los use, las indicaciones siguientes pueden ser, sin embargo, de alguna utilidad.

Vestidos.—Las telas usadas generalmente y de mas valor son: raso, seda, casimir ó terciopelo. Los vestidos que se hacen de esta última tela pueden ser adornados con dos ó tres volantes angostos de blonda. Los de seda negros se adornan con volantes festoneados ó guarnecidos de blonda; los de colores mas claros llevan por delante adornos de trencilla negra de seda. Para trajes de sociedad se usa el terciopelo azul ó granate, y el raso negro ó de colores oscuros; y



Figurin d. 1 25 de diciembre.

para trajes de baile tul ó encaje blanco ó azul sobre raso del mismo color.

Abrigos y manteletas.—Estas prendas se hacen generalmente de terciopelo, raso ó seda, adornadas con blonda. Los abrigos entretelados de colores oscuros se usan mucho tambien.

Adornos, gorras, etc. Varias novedades á cual mas elegantes en esta clase han sido introducidas en la semana última. Las caidas á los lados de la cabeza, son sencillas y elegantes á la par, y tienen la ventaja de poderse apropiar para los trajes de *negligé* ó para los de mas lujo, segun su clase. Estas caidas estan unidas en la parte superior de la cabeza, por medio de un elástico de alambre. Este alambre se puede ocultar completamente cubriéndolo con terciopelo negro. ó con caidas hácia atrás del mismo terciopelo ó de seda, puestas de manera que formen una especie de redecilla. El adorno de caidas puede hacerse en su totalidad de terciopelo negro, ó mezclado con encaje del mismo color. Tambien hace muy buen efecto cuando es de cinta de raso oscura, formando rosetas en lugar de colgantes, y adornándolas con blonda negra estrecha. Otros adornos de cinta pueden ser de colores diferentes. Los adornos de mas lujo para las sociedades se pueden hacer de blonda con abalorios, lo cual es de muy buen tono. En este caso suelen tener una hechura parecida á la de una *coqueta*, ó formando una especie de pañuelo, del cual va á caer una punta sobre el rodete, y las de los costados tienen caidas de abalorios ó azabaches haciendo franja. Por el centro tiene tambien abalorios ó azabaches formando dibujo. Por este estilo se pueden hacer adornos muy ricos y de un efecto sorprendente, siendo la blonda blanca y los dibujos de perlas. Las gorras son, en general, de tul blanco ó negro de forma muy sencilla, y guarnecidas con cinta de gasa blanca ó negra, ó con cinta oscura de gasa ó raso. Tambien se fijan con frecuencia á cada lado rosetas de tul negro, que estan muy lindas.

Constantes en el propósito que hemos formado de ofrecer á nuestras bellas lectoras, no solo la reproduccion de los trajes de moda por medio de figurines, sino que tambien en detall los modelos de las últimas prendas que salen de las fábricas, con destino á ser adoptadas por el mundo elegante, presentamos en esta página la copia de una media calada que hemos tenido ocasion de ver, la de una guarnicion de tul, la de un velo y el dibujo de la punta de un pañuelo ricamente bordado, que fácilmente podrán copiar y bordar de nuevo nuestras suscriptoras.

Refundicion de La Luneta en La Ilustracion.

El gobierno ha exigido una contribucion crecidísima á LA LUNETTA, REVISTA DE TEATROS, periódico literario semanal que se ha publicado en Madrid por espacio de CUATRO AÑOS. Esta contribucion es igual á la que pagan los periódicos políticos mas recargados, y ha obligado á sus redactores á suspender su publicación desde el mes de octubre último. Viendo ya que todas sus reclamaciones son inútiles, han encontrado una amistosa acogida en el Sr. D. Angel Fernandez de los Rios, Director de LA ILUSTRACION, con el cual han convenido la refundicion de *La Luneta*, entrando los mismos, en union con el redactor de LA ILUSTRACION á publicar una sección destinada esclusivamente á los teatros, donde los suscritores de *La Luneta* encontrarán las noticias de mas interés, y muy particularmente los actores, que podrán reunir á estas noticias la circunstancia de darse en LA ILUSTRACION grabados de las escenas mas principales de las obras dramáticas mejor recibidas.

Los redactores de *La Luneta* han seguido siempre en su Revista una marcha independiente, manifestándose en abierta oposicion con todo lo que en materia de teatros han creído digno de censura. Esta conducta franca les ha perjudicado sin duda, pero no por eso estan dispuestos á cejar en su camino, obrando en todo con severidad y con justicia.

A nombre de los redactores de *La Luneta*.

FRANCISCO DE PAULA MONTEMAR.

GEROGLIFICO.



UNICO REDACTOR Y PROPIETARIO, D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. C. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.